

Encuadernaciones Robles
C/ Arco, 1, 29002 Málaga
tlf. 952313856 y 677708127





P. 1702127 C-74815411

B. 229794

UN TORO "DE CABEZA" EN ALCORCON

Por EUGENIO NOEL

(NOVELA DE COSTUMBRES)

30
cts.



Revista literaria
Publicación semanal

"NOVELAS Y CUENTOS"

Revista literaria NOVELAS Y CUENTOS

PUBLICACION SEMANAL

LARRA, 6. APARTADO 4.003. MADRID

Dircc. telef. y teleg. JOSUR-MADRID. Telf. 30906

Número suelto, 30 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España } Semestre, 7,50 pesetas.

Año, 14,50 pesetas.

Portugal y América: Año, 20 pesetas.

Demás países: Año, 25 pesetas.

EUGENIO NOEL

Este escritor español contemporáneo es uno de los más puros estilistas y de los de más recia fibra. Su obra, en la que una prosa tersa y rica forma espléndido ramaje, tiene la emoción trágica de un agua-fuerte de Goya.

Eugenio Noel ha recorrido numerosos pueblos de España, en los que ha sabido recoger el latir popular, sus festejos, trasunto a veces de bárbaras costumbres árabes, sus luchas, sus pasiones. Estos cuadros, que llevó con tan ricos matices al libro y al periódico, le valieron violentas campañas de sus detractores. Ha visitado también casi todas las Repúblicas americanas, donde ha dado interesantes conferencias sobre la literatura, los hombres y las costumbres españolas.

Los grandes centros culturales de aquellas Repúblicas acogieron a Eugenio Noel como un genuino representante de la joven intelectualidad española, y sus discursos y conferencias tuvieron un gran éxito, hasta el punto de que la Universidad de Guatemala hizo una edición de su libro "Alma y raza".

La producción de Noel es bastante extensa, ya que a las numerosas novelas que ha dado a la estampa hay que añadir sus trabajos periodísticos.

En el número 149 de REVISTA LITERARIA NOVELAS Y CUENTOS se ha publicado "Las capeas, de Eugenio Noel.

NOTICIAS LITERARIAS

¡Hay que ver!

Tristán Bernard paseaba en el Bois de Boulogne con su nietecito. De repente, el niño le dice:

—Di, abuelo, ¿por qué se han puesto tan cocradas las hojas?

—Por todo lo que han tenido que ver este verano.

No hay peligro de mareo.

El novelista inglés George Moore visita al poeta Mallarmé.

Usted, que está acostumbrado al mar de Mallarmé, puede sentarse en la arena.

"Jorge Sand" y Rothschild.

Entre los objetos personales dejados por el barón de Rothschild, recientemente fallecido, ha sido hallada una hoja de papel, conservada como una prueba de las rarísimas ocasiones en que su padre, el fundador de la rama francesa de la familia, fué vencido en una transacción financiera. Visitando en una ocasión una muestra de beneficencia, el barón llegó frente al quiosco que cuidaba la célebre escritora "Jorge Sand".

—Lo siento mucho—dijo el visitante, después de observar los objetos expuestos—; no veo nada que me induzca a comprar. A menos que queráis venderme un autógrafo.

Sin decir palabra, la novelista arrancó de un cuaderno una hoja y escribió: "Recibo del barón de Rothschild la suma de mil francos.—Jorge Sand." El barón leyó y arrugó el entrecejo, pero entregó inmediatamente los mil francos a la escritora.

Con uno hay bastante.

Dos damas buscan un regalo para la sobrina de una de ellas.

—Cómprale un libro—dice la otra.

—No. Ya tiene uno.

Un admirador sencillo.

Contaba Mistral:

—Un sacerdote me ha visitado, diciéndome: "Le admiro y le venero. Su poema "Mireille" es como mi breviario. Quisiera hacerle a usted un regalo. Pero soy pobre. ¿Qué le puedo dar?" "No es costumbre que los lectores hagan regalos a los autores." "Entonces, me permitirá este regalo: que diga algunas misas por el alma de sus padres."

Por si se pierde.

Un conocido escritor, cuyo nombre no hace al caso, gran amigo de los animales, visita a un conocido pajarero.

—¿Qué hay?

—Ahora me entretengo en cruzar una paloma mensajera con un loro.

—¿Estás loco?

—Ni mucho menos; quiero hacer un pajarero que conozca su camino y que sepa preguntarlo si se equivoca.

NUESTRO NUMERO PROXIMO

La Humanidad camina dando tumbos, sin encontrar el punto justo de equilibrio. Las guerras, unas veces religiosas, otras imperialistas, desangran a los pueblos y dificultan el progreso del hombre. Esta inquietud por el destino humano y este deseo de llegar a la entraña de las causas que motivan estas luchas y estos odios constituyen el fondo de la celeberrima novela.

LAS RUINAS DE PALMIRA,

del conde Volney, que publicaremos en nuestro número próximo.

Las fiestas del centenario de Lope de Vega.

Con ocasión de las fiestas en homenaje a la memoria de Lope de Vega se organizan en toda España y fuera de España actos diversos, en su mayoría conferencias y veladas literarias, con la puesta en escena de algunas de las más famosas comedias del Fénix de los Ingenios.

Como nota curiosa, en Santander se representará la comedia original de Lope titulada "La libertad de Castilla por el conde Fernán González".

También hay que decirlo.

El famoso novelista francés Jules Renard, en uno de sus viajes, se trasladó al coche-restaurante a la hora de comer, y al entrar en el coche, el camarero perdió el equilibrio y cayó sobre el escritor.

—¿Le he hecho daño, señor?—preguntó el camarero, muy apesadumbrado.

—No, no ha sido nada.

—¡Oh, sí, le he debido de hacer mucho daño!

—¡Vaya, no se preocupe!

—Forzosamente he tenido que hacerle daño.

—¡Bueno! ¿No le basta con haberme aplastado, que quiere que lo confiese?

¡Pues por eso!

En una de las más aristocráticas casas de Londres, los invitados, después de una comida delicada, acababan de pasar al salón de fumar. Se hablaba acerca del teatro. Y como Bernard Shaw se encontrara allí, los invitados le cubrieron de alabanzas por el éxito de su última obra. El escritor sonrió, guardó un instante de silencio y luego declaró:

—Todo el mundo no comparte su opinión. Y voy a probarlo con una anécdota cuya autenticidad absoluta garantizo. Recientemente, el director de un teatro donde se representaba una obra mía desde hacía dos meses recibió la visita del carpintero de la casa, que le reclamaba un aumento de salario. "Pero, hombre—díjole el director—, su trabajo no es penoso. No es muy frecuente que usted tenga que componer algo. Y, además, tiene la ventaja de poder oír todas las tardes la pieza de mister Shaw." El carpintero levantó hacia el techo sus ojos tristes y suspiró: "Pues por eso pido el aumento."

Tratado de urbanidad.

En la biblioteca del "London County Council", reservada a maestros y profesores, se encuentra un libro con lecciones de buenas maneras para uso de los "jóvenes ingleses que van a Francia".

He aquí uno de los consejos:

"Si estás invitado a comer y el puré que sirven está demasiado claro, es de mal gusto decirlo a la señora de la casa. Contentate con hacer unos barquitos de papel, echándolos a bogar en el puré. La dueña de la casa comprenderá, y quedará agradecida a tu discreción."

UN TORO "DE CABEZA" EN ALGORCON

Por EUGENIO NOEL

"La fase morular del embrión es análoga a las colonias de cenobios y la de gástrula a la que presentan los pólipos, y como en el embrión la mórula es anterior a la gástrula, se deduce, y ello es una realidad, que los pólipos son formas orgánicas más perfectas que las de cenobios."

(Sencilla verdad de la Metamorfología.)

I

Hace muchos siglos Madrid se llamaba Miacum, el cerro de San Isidro estaba muy poblado y el arroyo de los Meaques, que hoy riega la Casa de Campo, era un gran río. Alcorcón no existiría, ni sus célebres botijos tampoco, si el río, al convertirse en arroyo, no hubiera previsto la necesidad de refrescar el agua que tendríamos en nuestro prosaico tiempo. Gracias, pues, a ese arroyo, cuyos berros son los mejores del mundo, Alcorcón es un pueblo famoso y sus barros tan conocidos como los berros. Líbreme Dios de comparar su loza tosca siquiera con la de Paterna o Manises; pero hay que sostener muy alto que nada tiene que ver con aquellas "groserías de tierra" a que aludía desdenosamente don Felipe de Guevara, gentilhombre de boca del señor emperador don Carlos V, y que honradamente habría de soportar la presencia de los barreños zamoranos de San Román de los Infantes, las jarras de Andújar y la loza encarnada de San Isidro, como el vino de Mérida resiste la compañía de un pellejo de Valdepeñas.

Arcilla digna de respeto por su edad venerable, proximidad a la corte y su destino sumamente práctico, no hubiera llamado, sin embargo, mi atención si de aquel humus o mantillo carpetano que

creó al alcalde de Móstoles, rival de Napoleón, Dios no hubiese formado a un hombre cuya cabeza capaz era de volver loco a Olóriz y Lombroso, a Nicéforo y Marey.

El mismo fué quien, por desconocer la frase de Cervantes—"la alabanza propia envilece"—, me dijo, señalando su cráneo:

—Toque aquí y verá lo que es bueno.

Palpé su cráneo desde el ofrio a la glabella, las eminencias parietales, el inión, el vertex, el bregma, desde las suturas frontales a los cóndilos del occipital, y áquella bola microcéfala me pareció, a ojo de buen cubero—que diría Sergi de haber nacido en España—, un pedazo de plomo incapaz de contener mil gramos de masa encefálica ni de resistir el psicómetro de Hipp.

Y, como Dios, vi que aquella obra suya era "buena" de veras.

—¿Qué le parece?—me preguntó, radiante de orgullo.

Me parecía tan bien, que volví a palpar, examinando minuciosamente. Por no cansaros con nombres raros, pero que son insustituibles hasta en literatura, os diré, a escape y como sobre ascuas, que aquel cráneo presentaba un occipucio vigoroso y caído, tendencia del encéfalo a esa forma en la que los elementos nobles del tejido nervioso no hallan superficie bastante para asentarse, violentas las curvas de la norma lateral; en una palabra: un cráneo microcéfalo, de aspecto desagradable, al que se unía una cara larga, llena de picardía e interrogaciones morfológicas y morales. Aquellas paredes debían tener un espesor espantoso, y, como el héroe de Mark Twain, una bala de revólver caída sobre su cráneo desde un quinto piso no pasaría del tejido adiposo capilar y podría recogerse como un grano de arena proyectado en un poro.

Volvió a preguntarme, sonriendo:

—¿Eh? ¿Qué tal?...

—Que antes de moriros debíais vender vuestra cabeza. Os la comprarían a buen precio; es un bloque de cinabrio.

Pareció agradarle mucho mi afirmación, aunque no debía entender una palabra. En sus ojuelos temblaban las lágrimas de la risa, porque era uno de esos hombres extraños que lloran cuando se rien, y entonces se reía de satisfacción.

—Pues aquí donde me ve..., no abuso. No le comprendí, y él se explicó:

—Cabezazo que yo dé a un hijo de su madre, es el santóleo.

—Así lo creo—respondí yo.

—Con poco de carrerilla que tome, abro boquete en una pared más gorda que un hombre.

—También lo creo. Y cuando muráis —y ojalá tardéis mucho— no olvidéis regalar el cráneo a los internos de San Carlos, en el Hospital Provincial de Madrid.

—Vale, ¿eh?...

—Oro, amigo; oro puro; una perla negra de Ceilán. El espesor de esos huesos debe ser de doce milímetros, aunque no os enorgullezcáis mucho, porque hay anomalías excesivamente mayores.

—¿Y el tener gordos los huesos es malo?

—Como malo... no... Alguna sobreactividad perióstica, enfermedades de la vida fetal, anomalía hereditaria... ¡Bah! Cualquiera cosa; nada que os pueda preocupar.

—Estoy casado—me dijo, siguiendo, quizá, algún pensamiento interior suyo.

—Os felicito. Dios dijo que no era bueno que estuviese el hombre solo.

—Y estoy deseando verme libre de mi mujer.

—Eso es grave.

—Muy grave. Cuantos más disgustos la doy más gorda está. Ahora quiero darla uno que se vaya a pique con "todo el equipo".

Tuve que sonreírme, por hacer algo, pues aquel "niño" dijo esto con la misma tranquilidad que había dicho lo otro.

—Habláis en broma.

—Yo no hablo en broma nunca. Tengo la cabeza dura.

—Ya lo he visto.

—Y he decidido que reviente de un susto.

—¡Atiza!

—Y de un susto verdad, no como esos que dan a los que tienen hipo.

—Hombre, sería un delito, y no está bien; francamente, no está bien.

—Aquí donde me ve usted, soy la envidia de Alcorcón. No hay por ahí quien no esté diciendo que le convendría tener mi cabeza. Únicamente a mi mujer no le gusta.

Volví a sonreír, y le argumenté:

—¡Cómo habría de gustarla! Tal vez presienta que...

—¡Pero si ella tiene la cabeza más dura que yo, hombre de Dios!

—¡Acabáramos!

—¿Ha visto usted pelear dos carneros?

—Sí.

—¿Dónde?

—Hombre, por ahí... No recuerdo bien.

—Dos carneros machos de Valquejigoso o Navalcarnero...

—No, no los he visto.

—Es lástima. Mi mujer y yo peleamos con la cabeza, y estamos tres horas frente a frente, las manos en las caderas, y ni ella ni yo retrocedemos un paso, aunque sudamos tinta como los fogoneros.

—¡Qué barbaridad!...

—¿Verdad que sí? Toque, toque otra vez, y hágase cargo...

Y con miedo toqué una vez más.

—Sí, es una cabeza—dije en tono doctoral—; una señora cabeza.

Examinándola pensaba en Olóriz, el inmenso Olóriz, en su informe notabilísimo "Estudio de una calavera antigua" (1).

—¿Y qué piensa usted hacer?—le pregunté, por decir alguna cosa.

—Algo que no se haya hecho nunca. Algo que sea muy español, muy nuestro, y que venga luego en los periódicos.

Reí una vez más para no confesar que estaba ya harto de oírle, aunque, en verdad, no de verle.

—Mañana es la fiesta aquí.

—Sí, ya lo sé; lo inevitable: una capea; con picadores, según me han dicho.

—Pues quédese usted, y verá lo que no ha visto nunca nadie.

—¿Un crimen? Su pobre mujer...

—... muerta, pero del susto que la voy a meter en el cuerpo.

—Va usted a torear, pues.

—¿Yo? Yo soy yo. Le he dicho que pienso realizar lo que nadie ha imaginado siquiera desde el principio del mundo.

—¿Con la cabeza?

—Con la cabeza, señor mío; ha acertado.

—Entonces, ya adivino, y le ruego no lo intente. Va usted a picar, ¿verdad?... Vaya con cuidado, que para picar se ne-

cesita tener algo más fuerte que la cabeza de usted.

—¿Qué se necesita?

—No tenerla.

—Eso es una tontería, y perdone, que no le quiero ofender. Yo no quiero montarme en un jamelgo escuálido. Aunque tengo la cabeza dura, amo los animales domésticos.

—Entonces, no insisto; me confieso vencido, y le vuelvo a rogar no intente nada que le produzca perjuicio grave.

—A mi, no; a ella.

—Ni a ella.

—Ni a ella, ¿eh?... Del patatús que la va a dar no sale ni con el bálsamo de Fierabrás. Usted no me conoce todavía.

Se quiso despedir, titubeó y por fin me dirigió esta extraña y peregrina interrogación:

—¿Sabe usted algo de Historia de España?

—Regular—le dije yo, bromeando—: los nombres de los reyes godos, lo del caballo blanco en Clavijo, el tributo de las cien doncellas, el pastor de Las Navas, las lágrimas de Boabdil el Chico, lo de la camisa de doña Isabel...

—¿Pero sabrá quién fué Almanzor?

—¡Hombre, ya lo creo! Mohammed ben Abdalá ben Abi Ahener, apodado por sus victorias Al-mansur billah (ayudado por Dios), y querido de una vascongada, la sultana Sobh (Aurora); el capitán más grande que ha existido desde Filipos hasta... Hindenburg.

—Bien; pues yo he leído, no sé en dónde, que mandó enterraran consigo, cuando muriera, una cajita donde guardaba el polvo que recogía su ropa en las batallas.

—Muy curioso.

—Pues en una cajita semejante voy a mandar recoger las cenizas de mi señora... mañana.

II

Una capea con picadores es un espectáculo macabro, pero con un poco de imaginación resulta lírico. Descartado todo sentimentalismo llorón con aquello de que en todas partes cuecen habas—"tutto il mondo é paese", dicen los italianos—, resta el recuerdo de la edad de oro, cuando los españoles tenían por característica "su omnimoda confianza en la fuerza" (1). Entonces, en aquella plaza Mayor, de Gómez de Mora, discípulo de Herrera, los caballeros rejoneaban toros fieros del Jarama.—"Hasta las aguas de este río han degenerado, pues ya no hacen fieros los pastos."—Hoy, en las plazas Mayores de los pueblos salen caballeros sobre caballos que sólo un alma melancólica puede sufrir sin irritarse. ¡Oh conde de la Velada! ¡Oh marqués de Cantillana!... Si os vierais imitados después de tantos siglos, ¿qué haríais?... Seguramente que éstos no necesitan del "Estilo de torear y jugar cañas", por don Andrés Dávila y Heredia. Montan un caballo incalificable e incatalogable, una especie nueva, quizá el período número trece de aquellos doce que los sabios paleontólogos reconocieran como otras tantas evoluciones de la raza caballar des-

de el padre de todos, el "Hyracotherium". Y ellos mismos son monstruos de fábula, apariciones, brucolacos, jorquinas, cuya sola vista espantaría a otra raza que no estuviera, como la nuestra, rematadamente loca. Pero ya he dicho y vuelvo a repetir que es un consuelo recordar en ellos nuestros héroes legendarios del valle de Baza, o los campos del Garellano, o las esclusas del Escalda.

Son cuatro los piqueros; los cuatro están en una misma calle, y "llean la calle con sus resplandores". En los balcones, las mujeres, ataviadas para la corrida, los miran con asombro. Se oyen los acordes metálicos de una banda centenaria que desgrana por el pueblo la "granada de la alegría". Si no habéis comido alguna vez de esos granos no sabéis cómo se encalabrina la sangre, cómo los hombres más serios "se marcan" posturas agarrapiñadas y cómo esa sangre, envenenada de insólito heroísmo, pide a gritos vino a cántaros. Desde la mañana la gente vive en las calles. Allí se visten, comen, charlan por los codos, estallan de gozo por las junturas. Los hombre vivaquean a las puertas de las tabernas, formando grupos encantadores, en los que explotan como cohetes risas multicolores y estrepitosas.

Los chiquillos trazan un nuevo corro en torno de ellos y corean o escuchan con gentil impertinencia. Los mancebos "medidores" se escurren como anguilas entre los clientes, enorme bandeja chorreante de agua en las yemas de los dedos de una de las manos y un frasco de vino en la otra. ¡Oh medidores de Alcorcón, Métrida, Arganda, Torrelozanes, Vallecas, Colmenar Viejo y Colmenar de Oreja!... ¡Quién tuviera un cálcamo de oro para immortalizaros como merecéis!...

¿Quién puede coger de una vez, del mostrador típico de cinc, una ronda de veinte vasos escurridizos, sepultarlos en la gran vacía, volverlos a sacar relucientes y limpios, alinearlos con ritmo armónico uno a uno e irlos llenando de rica sangre de uva sin que se vierta una gota, sin que tenga cantidad mayor uno que otro, produciendo a compás con el reborde del frasco, en el aró cristalino de los vasos, conciertos acariciadores?...

¿Y aquella manera inenarrable de dejar el frasco en cualquier parte, con estrépito y sin romperse, limpiarse las manos en el peto del mandil a rayas verdes, meter los dedos en los veinte vasos sin rozar con las uñas el precioso y transparente líquido e ir sirviéndolas con la misma mano tan veloz y guapamente que cuando uno ha bebido y dejado las heces de rigor ya está otra vez el vaso en su dedo correspondiente, y no ha acabado el último consumidor cuando aquel Hebe macho, en quiebro y voleos de subidísimo valor majo, vuelve los vasos sobre el embudo—allí a propósito para tan sagrado menester—con juego milagroso de muñeca y pulso, y vierte los residuos y baja a la bodega y sube otro frasco precisamente con ellos y limpia de nuevo los recipientes y de nuevo sirve y vuélvense a beber unos lo que otros dejaron, como buenos camaradas?

¿Quién pudiera también, de saber escribir, quién pudiera cantar, ¡oh bebedores!, aquel arte vuestro en el beber que nadie ha puesto en rimas ricas,

(1) "La Filosofía del Derecho en el Quijote", por D. T. Carreras y Artau, 1915. Gerona. Págs. 284-6.

aquella manera insuperable de recibir el vaso como se caza una mosca y oprimirlo suavemente con el pulgar y el corazón, y echarse atrás a manera de quinto en corro de rancho, pero con elegancia mefistofélica, sacudiendo el líquido y braceando desde el codo, e inclinar la cabeza sin bajarla, y poner los labios en los bordes a estilo de monja zalamera y sorber nada más que un buche o trago, como mandan los cánones!

Hay que ceñirse el traje, amigos. Ya el vinillo en el cuerpo serrano, que que aprovecharlo bien. ¿Qué rara droga echarán a ese vino o qué alcaloide o ácido puso Dios en las vides manchegas, que el primer efecto que produce es abrocharse la chaqueta a lo torero? Y una vez ajustada, se acabaron las penas. Allí, en Alcorcón, no sufre "ni Dios". Se "ordena y manda" que durante aquel día las almas vivirán la felicidad de los justos. Y así es, sin hipérbole. Borrachos de vino o borrachos de dicha, marchosillos o patanes, veis a todos bracear, dar cadera, marchar hacia la plaza improvisada con aires de haber comido gloria en tortas y cachos de cielo y gajos de luz. El pantaloncillo de los chulapos madrileños triunfa. ¡Está tan cerquita la corte! ¡Y sienta el demonio de pantalón tan bien!... Como que lo enseñáis todo, compadres, y una vez embrogados, parece que dan ganas, mirándose, de alzar los brazos con "busilis" y "aque!" y marcar con los dedos cinco verónicas sin emendarse que son el descacharramiento, ¿verdad?

¡Por vida de Dios!..., que nunca sentí tanto como hoy no saber traducir a letras estos movimientos y estas masas caminando a su acrópolis. Vinieron de Madrid; pero de ese Madrid viejo y bajo que es ambrosía pura; en cuya sangre, observada en el Laboratorio Municipal, están los microbios del "agarrao", de las juergas sordas, de la obsesión pasional y el poco discernimiento. Vinieron de Alamin, de Almorox, de Rincón, de Alberche, de Villaviciosa, de Navalcarnero, de los barrios de los Campamentos y de los Carabancheles, de Getafe, de los dos Villaverdes, y no podéis imaginaros qué simpaticona es la genticita esa, barrios extremos de Madrid aunque no lo quieran, descendientes de aquellos carpetanos de la Mantua de Tolomeo, que Roma temía como a la peste.

Los picadores son agasajadísimos. Hacen estaciones en todas las tabernas porque lo quiere el pueblo soberano y porque, según parece, lo quieren ellos también. Mal andan de sesera, pero si no bebiesen, ¡cómo darse la ilusión de montar en caballos! ¡Caballos... aquellas osamentas pardas donde la muerte renunciaría a cabalgar?... Y todavía... colea por allí y no los deja ni a sol ni a sombra un gitano zanguango y sietemesino con más roña que escamas un besugo, el cual no cesa de recomendarles sus... "prendas". Es el chalán de los jamelgos, el rematante en la subasta de abastecimiento de caballos para la corrida. Los picadores exigen que "sude parné" si quiere que le defiendan los penos, y él los mira como si los viaticara con sus ojos negros, que parecen la boca de un toril abierto. ¡Pues no son nadie los picadores!... ¡Osú!, que dicen tras Despeñaperros. Se ha de picar con puyas que

ellos eligen; se han de colocar a sus monturas las guarniciones que a ellos les parece; se ha de hacer lo que les dé la gana, porque si no... no salen. En fin, ya veréis quiénes son, si seguís leyendo.

Los monosabios que llevan no son cualquier pelagato o renacuajo; son mozos que "en su vida las han visto más gordas", pero que quieren verlas. Placer mayor no se les podía dar, y se han gastado un dineral en hacerse el traje, que no es una futesa, como cualquiera podría creer: es necesario un pantalón de color de panza de burro, con cenefas; chaquetilla-blusa, garibaidina, con perendengues; gorra a la "papillote"; faja de seda azul, que es lo propio; calcetines o medias de seda con "calaos"; zapatillas de lazo que no sean de muerto, ni de baile, ni de torero, ni domésticas, de esas que se llaman chinelas, y una vara o vergajo. Estos monosabios, en número de mil o más, son la alegría de la población civil y no civil. Saltan, beben, se montan en la grupa, apoyándose en el alto borrén de la silla berebere, se lucen por todas partes, y es admirable ver aquellos cuatro grupos trotando lúgubrementemente, plastones de colores vivos, "tresillos" de melancólica ironía. El gitano pernea con ellos, desgañitándose en decirle al que tiene más cerca:

—Mira, "Boliche", que no hay má que sinco jacos en er patio, y que lo de Alcorcón son mu botijos y tien la mar de mares.

—Apoquina y zará lo que ze puea; si no, al avío, y allá er maestro.

Estos hombres, mimados del "maestro" por la mucha falta que le hacen son de hierro en el alma y en el cuerpo. Como se les meta una cosa en la cabeza, ni el día del Juicio sale, aunque lo mande el Padre Eterno, y únicamente el "maestro" tiene algún poder sobre su voluntad de balastro o de diorita.

A las dos de la tarde se había corrido por Alcorcón una noticia increíble. Se decía que entre los toros desencajonados había uno llamado "Barrabás" que podía llevar en la cabeza un templo; se añadía también que a las primeras de cambio había arramplado con el cajón donde vino metido—pesadísimas jaulas de muchas arrobas—y lo había lanzado a un tendido, haciéndolo astillas.

Los picadores estaban, por tanto, de un humor regular, y el desgraciado cañi contratista de las cuadras miraba al cielo con los ojos en blanco, como la "Soleá e Cádiz".

—Mira, "Boliche"—decía lloroso—, que er toro eze era un ladrón ante de que zu mala mare lo echara p'acá...

Sin duda aludía al Barrabás que en el Evangelio sueltan en el Pretorio, prefiriéndole al rabbi Jossuaía de Nazareth.

—Mira, "Boliche"—gruñía, sin dejar de correr al paso del caballejo—, que er toro eze me va a dá a mí una corná de garabatillo que no me la va a curá ni er Banco de España.

El gentío aplaudía a los picadores. Son su ilusión más preciada. Quizá sois tan civilizados, lectores míos, que no sabéis el desencanto que produce a la afición una lidia "sin caballos", como ellos dicen por antonomasia, incluyendo caballo y picador en una sola pieza. La suerte de varas es la sal de la fiesta. Eso de oír el zambombazo de un piquero al caer en

el santo suelo y verlo levantarse sin el castoreño de piña, con una costra de sangre en el casco de la cabeza y andando porque es costumbre..., eso, amigos míos, no se paga con oro. Por todo ello y mucho más la gente los mira embelesada. Un picador es promesa de sangre, conmoción cerebral en potencia, palabrotas que sólo un picador puede tolerar sin ir a presidio catorce años y un día. Se le oye decir con arrobo a una nieta de Goya:

—¡Qué cara de bruto!

Y no creáis que sea un insulto, no; es el elogio mayor que podéis hacerle. Lo oye él, y la sonrisa de sus labios bermejos y gordos, como enfermos de elefantiasis, se cae por el barboquejo como un río de baba, mientras dice:

—Gracias, polla.

Todos los conocen por su mote. Son extremadamente familiares.

—Adiós, "Burlaero".

—Adiosito, nene.

—Que haiga suerte, "Veneno".

—Sagradese.

—Que se vuelva, "Cabila".

—Y tú que no lo veas, ladrón.

Son graciosos los piqueros, y ejecutivos. Hablan poco. Su profesión es de esos oficios que cortan la lengua al más charlatán; pero la gracia mana a raudales de su boca. Esta gracia, como todas las del pueblo, lastima a los pensadores y les hace reír al mismo tiempo.

"Veneno", "Cabila", "Burlaero" y "Boliche" se limpiaban el sudor con blanquísimos pañuelos. Les pesaba la "mona" o recordaban la cabeza de "Barrabás", que no era poco cada una de estas cosas. El mitón de gamuza de su mano derecha era mirado por todos con extrañeza cómica.

¡La cabeza de "Barrabás"!... Se hablaba de ella entre el pueblo con esa hipérbole con que el pueblo suele hablar de lo que no conoce, pero le prometen. ¿Qué más podría desear para divertirse que un toro de cabeza? Y como es de cajón, sacaba a relucir su memoria taurina, la más formidable de las memorias.

—¿Os acordáis de aquel toro que en la plaza de Madrid se cargó en la cabeza picador y caballo y lo arrojó por la puerta principal?

Y todos lo recordaban, y se estremecían pensando si "Barrabás" sería así, como aquel toro madrileño. Y en su afán de figurarse cosas grandes, mentían de "mistó".

—Oye, dice el vaquero de "Barrabás" que en la dehesa arrancaba los chopos de un topetazo.

Los carpetanos debieron ser muy mentirosos, o la ley de herencia es una tontería. La mentira y la imaginación, padres de la gracia, han alfombrado las cercanías del Guadarrama; sobre esa alfombra se vive y se baila. Mentir y bailar: he ahí dos de las paredes maestras que levantaron San Antonio de la Florida.

Pero mintieran o no, la cabeza de "Barrabás" era mucha cabeza, como vamos a ver muy pronto.

III

—Estaba buscándolo—me dijo el de la otra cabeza,



—¿A mí?

—Sí, a usted, para pedirle un favor.

—Cuantos quiera, si puedo.

—Sí puede. No es más que rogarle se ponga usted cerca de mí en la plaza, en el palco del médico.

No era muy tentadora la proposición, mas como tenía miedo a su cabeza bestial, le prometí que así lo haría. Sin embargo, le llamé la atención:

—Entre usted y el médico, ¿verdad?

—Sí; voy a hacer aquello que le dije.

Tan cierto como San Isidro no ha existido nunca, que no me acordaba yo ni poco ni mucho de la promesa. Ahora, su cabeza apocalíptica y su recordatorio me espantaron.

—¿Insiste en hacer alguna barbaridad?

—Barbaridad, no: proeza.

—Y su mujer...

—En la plaza. La vuelven loca los picadores.

—Los picadores gustan mucho a las mujeres—le dije riendo.

—A mi mujer la pirran. Cuando los oye caer patapám, se pone en pie, roja de envidia.

—¿De envidia?...

—Comida por la envidia... ¿No se acuerda que le dije que su cabeza era algo así como la mía?

—¡Ah, es verdad!

—Pues por eso. Ella quisiera lucirse y que vieran todos que ella también resistiría un trompazo así, de coronilla.

¿Qué hacer, sino sonreír? Volví a reírme, sin maldita la gana. Disgustado, cambié la conversación.

—A propósito, hombre. ¿Se ha enterado usted de lo que dicen por ahí del toro "Barrabás"?

Se echó hacia atrás cosa de un metro, y mirándome con la ironía con que un chico novillero mira a un grillo, me dijo:

—Pero... ¡si eso lo sabía yo antes que todos!

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Mire usted si será verdad lo de la cabeza de ese animal, que levanta a un cabestro de esos que sólo los huesos pesan cuarenta arrobas y luego lo arroja a diez metros.

—Mucho me parece.

—Pues así es. Ese bicho es de la casta de toros que se ponen en la vía y acometen a las locomotoras.

—Realmente, es asombroso el poder de los huesos.

—Y dicen que están huecos.

—Claro; si no, se romperían; pero los de la cabeza no están huecos; lo que puede, en este caso, estar hueca es la cabeza.

Como me suponía, no entendió, o estaba ocupado en algún pensamiento muy suyo, para hacerme caso.

—Pues, amigo mío—exclamó de pronto—, ya puede usted prepararse a ver esta tarde algo gordo.

—Permítame que le diga que tiene la cabeza muy...

—Toque, toque... Es de órdago a la grande. Lo que es ésa, revienta hoy como un tomate... ¡¡Puach!!...

Y sus manazas exprimieron en el aire un tomate ideal.

—Dios quiera que salga usted bien.

—Yo salgo bien de todo lo que quiero salir bien.

El aspecto que ofrecía la plaza era

deslumbrador. Tenía algo de salvaje y mucho de tonto. El consabido sol; la no menos imprescindible percalina bicolor; el consiguiente olor a polvo, sudor y mierda en latas; el legendario griterío de los vendedores gaditanos o de sus discípulos los incomparables voceadores madrileños; en fin, toda esa retahíla o reata de falansterios típicos y estereotipados que convierten una plaza de piedra o de madera en una sucursal de manicomio o visión de ultrafrenia.

El de la cabeza me señaló su mujer con tono espartano:

—Aquella.

Miré, y vi una "tontería" de hembra, con su pañuelo alforbrado, que, prófugo de Madrid, ha encontrado asilo en las cercanías, y un peinado tan piramidal, tan bien hecho, tan requetebién amontonado arroba a arroba sobre la cabeza, que inconscientemente recordé esos carros cargados de retama tahonera que vienen a Madrid desde Torrela-guna o Buitrago, y cuya mole llega hasta los pisos segundos.

—Es un hermoso ejemplar—dijo su marido—; pero ese moño es la última vez que se lo carga.

Y diciendo esto me miró como si yo fuera a decir lo contrario.

Sonaron las músicas celestiales que en estos sitios se acostumbran; se corearon con la mesura, distinción y cortesanía que nos vienen del siglo XVII; salieron los cuadrilleros, y un pobrecito niño, a caballo en un dromedario o ictosaurio, pidió la llave; le dieron una con muchos caireles y cintajos; se la dió a su vez al guardián del chiquero; éste la metió en el bolsillo, sacó una especie de llaves de San Pedro, y con ellas, la ayuda de dos trancas y dos buenos puntapiés, se oyó rechinar la cerradura, que parecía una navaja de muelles, y se descorrió el cerrojo, que no quería descorrerse, e intentó, tirando de él, abrir la puerta, lo que sólo consiguió después de sudar tinta china.

Por fin, como voy diciendo, se abrió lo que tenía que abrirse y no salió lo que tenía que salir. El pueblo esperó en esa postura únicamente española que se describe "con el alma en vilo", y que es "la mar" de interesante y hasta psicológica. Y como nuestro pueblo se cansa pronto de todo y el toro no salía, discurrió, con ese acierto que ha caracterizado siempre a nuestro país, que el presidente tenía la culpa de aquello. "Per omnia saecula saeculorum" yo no veré jamás drama tan espantoso. Volaban las naranjas, los restos de las meriendas, las botas, las sillas, todos esos utensilios a los que las alas les sientan bastante mal, y que cuando se caen, como Icaro, no se destrozan sin antes destrozar. El presidente hacía señas de que él no tenía la culpa, y con salerosa inconsciencia invitaba con el gesto al toro a salir, con cara de imponerle una multa si no salía más que a escape.

Fuera la mirada terrible del usía o que todo tiene fin en este mundo, dos cuernos de quince kilómetros cada uno, casi la distancia de Alcorcón a Madrid, asomaron en la puerta macabra. Después, y con la languidez de un felino, apareció el toro, si éste es el nombre de una especie de palacio real como el de la corte con Campo del Moro y todo.

Instantáneamente desaparecieron los "toreadores", como dicen los franceses del Midi, y con ellos los dos picadores que, en términos o jerigonza de lidia, estaban allí de tanda.

¡Oh pluma mía, de Quevedo fueras y Mateo Alemán te condujese por el papel, y no podrías decir lo que allí ocurrió, ni por metátesis, ni por epanadiplosis, ni con hipérbaton, ni conjugando cuantos pluscuamperfectos de subjuntivo existen en nuestra endiablada y dejada de Dios gramática de la Academia!

En volandas, o en el grito de Orlando, o en el "Clavileño", me encontré en ese sitio que llaman patio de caballos. La gente, enfurecida, increpaba con denuestos hinchados de rabia y nitroglicerina a los toreros, y éstos "se metían" con los picadores, que, desmontados, pálicos todavía del susto de los cuernos y con la puya en ristre, ofrecían el más lamentable de los aspectos.

—¡Camándulas!—gritó una voz a mi lado.

Era él, el de la cabeza. Y temblé. Cabezazo suyo... era una cédula de vecindad en el reino de las sombras... Y temblé otra vez.

—Les asusta "Barrabás"—me dijo, airado todavía.

—No les dará usted un cabezazo.

—No; me reservo.

En medio del griterío bíblico me decía a mí mismo:

—Si este hombre se reserva, ¿qué pensará hacer?...

Como un doctrino preguntaba yo a derecha e izquierda:

—Pero ¿es que no quieren salir?...

—¡Camamas!... —berreaban cien voces.

—¡Cupletistas!...—decían doscientas.

—¡Salmonetes!—rugían mil, dos mil, tres mil veces mil voces.

De pronto apareció un tío con más bigotes que el león de Belascoín y armado de un vergajo cuya sola vista producía la coqueluche, la ictericia y las vi-ruelas locas.

"Ahora veredes Agrajes"...

Ver aquello, montar los piqueros, trotar los jamelgos, salir los toreros y arreglarse todo como por mano de santo fué cosa de un "ora pro nobis" en novena de poco público.

El toro esperaba, quieto en los medios, muy bien plantado. A primera vista, que era allí a primera sangre..., el toro tenía un testuz abracadabrante.

Aquel toro olía a ácido fénico.

Un pobre torero le llamó, y como el Dante... "quel giorno non"... dijo ni pío. Acudió codicioso y bravo, levantando una nube de polvo, y gracias al escondite clásico el toro sólo hizo astillas dos enormes pivotes, sostenes de un tendido que quedó en el aire como los puentes modernos a lo Brooklyn.

La gente dió un grito de admiración.

En su camino, el toro encontró a un piquero.

El caballo se encabritó furiosamente, y abrió la boca, enseñando sus dientes amarillos. El miedo le hacía defecar.

Lo que hacía el picador no lo veía yo bien, pero sí oí al demonio del gitano que no dejaba sus caballos por nada del mundo:

—Oye, "Veneno"... acuérdate de tu santa mare...

Retrocedía el toro para acometer, y "Veneno", que no veía de coraje, en vez de preparar la "suerte", volvió su jeta bermeja al inoportuno y le espetó un:

—¡Mardita sea la tuya, si las tenío!...

—¡Pataplám!..., como decía el de la cabeza.

Metió la suya el toro; se aferró "Veneno" al caballo, y levantándolos el toro en alto, los llevó gran trecho, arrojándolos después al otro extremo de la plaza. Cayeron a plomo, como "corpo morto cade"... El caballo pateaba, desgarrado y despanzurrado. "Veneno", rígido, "al descubierto", que dicen los técnicos, estaba "snouk", que dicen los boxeadores".

El público, contento con su toro, pidió que tocara la música. Y la banda, esclava del publiquito, echó al aire un pasodoble que metía miedo y que sentaba en aquel caso como un loto en un duelo.

Al quite iba el desgraciado "maestro", cuando sucedió algo insólito, heteróclito, fuera de toda ponderación.

El de la cabeza me tomó del brazo violentamente y me dijo:

—Ha llegado la mía.

—¿Qué ha llegado?—interrogué yo, entontecido.

—La hora.

—Pero ¿la hora de qué?...

—De los hombres.

Y con un brinco prodigioso saltó al ruedo.

El presidente, nervioso, ordenó a un municipal que lo cogiera.

El de la cabeza se estiraba el chaleco y quitaba la americana. El municipal se hizo repetir la orden, y luego, sin salir, la transmitió al de la cabeza; pero éste le hizo signos de que fuera por él, y he aquí a un simple guardia entre las dos cabezas más formidables que dos seres tuvieran jamás.

Ni la amenaza de destitución hizo salir al alguacil, aunque, como circunstancia atenuante, pudo alegar que no le dió tiempo.

Horrorizado, miré a su mujer, la que en aquel trágico momento decía, según me aseguraron más tarde.

—A que hace ese animal una animalada...

Instantáneamente la música cesó y la gente se puso en pie, sin atreverse a decir nada, absorta en el inusitado lance.

El de la cabeza se revolvía el cabello como si estuviera en un ataque de desesperación o le hubieran birlado un acta.

El toro, viéndole acercarse, tomó sus disposiciones testamentarias, porque su cabeza comprendió que venía en su busca "algo muy gordo", por hablar en estilo del suicida.

Quedáronse ambos mirando, no lejos del picador yacente y el penco despenado, y yo vi pasar por mi mente aquella escena inmortal en que Don Quijote se ganara el nunca superado por nadie título de "Caballero de los Leones".

Se iba levantando un murmullo de estupor como viento avanzado de tormenta en verano. Los toreros, con sus capotes de brega, hechos un lío por la emoción, se agruparon estremecidos, sin atreverse a separar a las dos fieras.

El de la cabeza se remangaba los brazos, e iban quedando al descubierto dos palos largos, secos, sin músculos, cubiertos de un vello cerduno.

La gente se irritó, como si la vista de aquellos pobres brazos la hubieran devuelto su espíritu cínico de risa y crítica mordaz.

—¡Fuera!—gritó una de esas voces milenarias que sólo se oyen en las revoluciones y en las plazas de toros.

—¡Fuera!—gruñó toda la plaza con un solo tono, como si hubieran gritado también las maderas y los ladrillos y las percalinas.

El toro, excitado por el vocerío, arremetió, y el de la cabeza esquivó el choque con un quite patoso, pero que le libró de visitar el cementerio.

Aquel quiebro, hecho sin sal, enloqueció de furor a la muchedumbre, que azuzaba al presidente para que lo quitaran de allí. El presidente se desgañitaba ordenando al... vacío.

El de la cabeza sonreía, seguro de que nadie se atrevería a ir por él. Yo le contemplaba atónito, y recordaba su promesa de realizar lo que jamás nadie había sido capaz de hacer.

Su mujer, en tanto, no se desmayaba, como es de rigor, y, no sé por qué, este dato me consoló y animó a ver con ojos bien abiertos y el alma en ellos.

De pronto, y me asusto al recordarlo, aquel hombre abrió sus piernas en estambótico compás, las apoyó fuertemente con tensión muscular enorme, ahondando la arena con sus pies, como el Ursus de Sienkiewicz en la escena famosa de la salvación de Ligia, se puso en jarras, inclinó la cabeza y citó con la boca al toro, pronunciando un sonoro "¡Oh!"...

El toro no acudió. Su cabeza formidable oscilaba a semejanza de los osos blancos en prisión. Observaba atento, con esa atención severa del toro que es una afirmación rotunda, una increíble muestra de fe en sí mismo.

El bárbaro citó otra vez. Impaciente, movía su cabezota con violencia, retando con la coronilla, azuzando al monstruo con la indiferencia, inconsciencia y valor espantoso de un toro colocado entre los rieles a la vista de una locomotora humeante e incontrastable.

Así aguantó mucho, minutos o siglos. La muchedumbre calló otra vez. Y su silencio era tan absoluto, que se escuchaban los ladridos lejanos de los perros...

Yo sujetaba el corazón, que latía como en una primera cita. Pensaba:

—Ese animal es capaz de luchar con la cabeza del toro como un carnero lucha con otro o él mismo con su mujer.

La tragedia era inminente. La cabeza soberbia del toro y la de aquel prodigio de Alcorcón se balanceaban, amenazándose en un ambiente de angustia.

Mi alma temblaba. ¿Qué iba a suceder allí?

Pero Cervantes, que es el primer escritor del mundo, nos enseñó ya lo que hacen en tales casos las fieras, que tienen más sentido común del que parece.

Y la fiera volvió su grupa y le mostró el rabo, escapando de allí hacia el caballo muerto, a quien con tremendas arremetidas desgarró miserablemente, vaciando sobre la arena sus entrañas, pateándolas y arrojando a un tendido la española carroña.

El alarido de la multitud fué lo último que pude escuchar. Lo último que vi

fué la divina cara de Miguel de Cervantes, esfumada en el ambiente, que se cubría los ojos con las manos, mientras en sus labios se estremecía suavemente una dulce sonrisa.

Cura trágica de un "maletilla"

"Ibant obscuri sola sub nocte per umbras."

(Virgilio. "Eneida".)

I

"El Pelele" y "el Tarugo" llegaron a Laval muy tarde, y tan rendidos, que "el Tarugo" hubo de buscar las tapias del cementerio para descansar un poco a su sombra. "El Pelele" le siguió, dejando de muy mala gana el camino, a cuyo fin veíase ya la torre chata y bermeja de la parroquia.

Los había contratado un mes antes el tío Requejo—que en esto de buscar toreros baratos era una especialidad—, y venían andando desde El Tomillar, donde el tren, huyendo de unas endiabladas montañas, escapa hacia Larios, siempre a la vera del río Lagarto.

"Pelele" tenía quince años de edad, y "Tarugo" veintidós. "El Pelele" era un granuja de casta, variante moderna del gallofo, de interesantísima cabeza aborregada y de un aspecto zahino que metía miedo. Decir él una cosa era decir otros un "amén", y se comprendía, observando su rostro, que aquellos labios se habían fruncido para siempre Dios sabe por qué, mientras que su frente de carnero, siempre en actitud de acometer, hablaba de un temperamento de independencia campesina. Su pasado era seco como una puñalada "trapera"; había nacido en trece, martes, matando al nacer a su madre, una dura serrana de Sepúlveda que lo concibió soltera.

"El Tarugo" era hijo de doña Amparo, viuda riquísima de un señorón de la comarca, noble por los cuatro costados, que en la desbandada hacia Madrid de la fiera aristocracia castellana se negó a salir de su lugar. Esta buena señora adoraba en su hijo, guapo mozo si los hay, de andares salerosos y con dos ojos negros, por lo negros y los daños que habían causado. Mas un día, negro también como sus ojos, se escapó con "el Pelele", y la pobre madre supo que el hijo de sus entrañas andaba de pueblo en pueblo, de capea en capea, saliendo de un peligro para zambullirse en otro, sin que ruegos desesperados ni novenas al Cristo de Lozoya o a la Fuencisla pudieran hacerle volver a casa y a su carrera de Leyes, dejada cerca de la licenciatura.

"El Pelele" ejercía sobre él una influencia absoluta. ¿Cómo se encontraron?... Encontrándose, y nada más. El destino pícaro, que hace laboriosos los idilios, es breve en sus dramas, y "el Tarugo" abandonó su casa y carrera porque "el Pelele" se lo mandó. Aquella entrevista primera había sido mortal.

—¡Pero si eres un torerazo!...—le dijo "el Pelele".

—¿Yo?—respondió asombrado el hijo de doña Amparo.

—Tú. Tienes cuerpo de torero, y tú serás torero.

A punto estuvo de morirse de risa el estudiante, pues jamás había pensado en ello.

—No tengo corazón suficiente, "Pe-le-le".

—Para ser torero no se necesita corazón, sino tripas y tipo.

El hijo de doña Amparo se rió otra vez estrepitosamente, pero la espina estaba clavada en el alma, y desde aquel día, por diversión, por juego, secretamente halagado en ese insondable amor propio que es nuestro verdadero manantial de vida, tomó lecciones del "Pe-le-le", que estaba—por lo menos así lo afirmaba en el pueblo—llamado a ser el torerazo mayor de la época. Pronto aprendió a moverse con gracia en poco espacio de terreno y a imitar los gestos heroicos, simulando airosamente la más completa indiferencia ante el peligro. Fué cosa de poco adquirir el famoso "sentimiento de la capa", que no tardó en moverse en torno de su cuerpo con soltura y rapidez sin violencia. Aprendió además a "oírse vivir" y dar valor o relieve a cualquiera de sus movimientos. "Pe-le-le" le decía con severidad:

—Hay que imitar al toro. El toro no hace movimiento mal hecho y no gasta en balde fuerza alguna.

Una tarde maldita, en que los campesinos hicieron corro para ver al señorito recibir lecciones de lidia, oyó que decían:

—Tiene tipo de torero.

Al otro día, el maestro y el discípulo se marcharon como los barcos heroicos, con rumbo desconocido.

Ya en pleno campo, "el Pe-le-le" se detuvo, le miró y le dijo:

—Desde hoy te llamarás "Tarugo".

—Ese alias es feo, "Pe-le-le".

—No importa—sentenció el maestro de quince años.

La torre del histórico castillo se perdió pronto de vista, y desde aquel día comenzó una extraña vida, una bohemia singular. Habían de andar muchas leguas en el mayor desamparo, sufrir hambre cuando menores eran las probabilidades de comer, tener sed cuando el agua estaba más lejos. El hijo de doña Amparo aprendió a montar en el tren durante la marcha y a tirarse a las cunetas si era preciso, fuera cual fuese la velocidad del convoy. También se enseñó a sufrir, mordiéndose los labios, las humillaciones más groseras. Las privaciones le hicieron sobrio, y las indignidades, feroz. Después de una capea en la que un toro enorme lo había tenido en los cuernos largo tiempo se miró al espejo y notó que su carne se había tornado angulosa, dura y seca. El primer toro que lo revolcó sin compasión le hizo llorar de miedo; después lloró de coraje. Fué comprendiendo en los graves apuros que el valor supremo es el supremo miedo, y no se desesperaba ya cuando las piernas, estremecidas, se negaban a sostener la voluntad. Le decía "el Pe-le-le":

—Tiembla, pero aguanta.

Y aguantando llegó a entender que sería un buen torero. El orgullo de servir para este oficio le hizo obtuso, cuco, macho y hueco, con una vanidad tan gran-

de, que a no disfrazarla con la falsa modestia de los lidiadores de fama, le hubiera causado serios disgustos. El "tener tipo" le daba la conciencia de una enorme superioridad sobre los demás, y no era en la idoneidad para el oficio en lo que él cifraba su orgullo, sino en las "hechuras", en el saber "marcarse". "El Pe-le-le" administraba bien el tipo del "Tarugo". Este oía incesantemente en las capeas:

—Será un torerazo; tiene el tipo.

Y la conciencia de tener el "tipo" le sacaba muchas veces salvo de peligros que sólo la destreza hubiera podido vencer.

—Ahora comprendo—le dijo una vez al "Pe-le-le"—que se puede hacer de las tripas corazón; bien lo sabías tú.

—Yo no me equivoco nunca—respondió "Pe-le-le" sencillamente.

Fué muy pronto familiar a todo castellano el nombre de "Tarugo", y no había ferias en poblaciones pequeñas donde no se reclamara su concurso, que, aparte de todo, no era muy caro. Primero se contentaron con hacer sangrías individuales en los bolsillos adinerados. Después extendían la capa de brega, y entre el penúltimo y último toro recaudaban una fortuna de calderilla. Más tarde, un éxito, una faena acertada hecha en un pueblo de Salamanca y telegrafada a un periódico local nada menos que como un suceso importante, les dió derecho a pedir antes de la corrida una especie de salario.

Los llamados "maletas", estos aprendices audaces de toreadores, tienen una rara noción de la justicia. Su aprendizaje es un oscuro, pero brutal, juego con su cuerpo, con su vida; a cambio de ello ruegan una limosna nada más. Esto, que parece a simple vista un rasgo heroico o una sublime confianza en el porvenir luminoso, es una sincera confesión del miedo que pasan en aprender a jugar con esa vida y con ese cuerpo.

II

A la sombra de las tapias del cementerio vieron pasar espléndidas cabalgatas de castellanos viejos. Venían a Laval de diez leguas a la redonda, no por la feria, que el ir a la feria por la feria misma ya ha pasado a la historia, sino por los toros que habían de lidiarse aquella "mesma" tarde.

Jinetes en esos rucios que tan famoso han hecho el nombre de nuestra patria, iban por el polvoriento camino llenos de contento y saboreando las emociones de la futura lidia, con esa fruición característica de los "que van a los toros", fruición que se llama crimen, aunque esté muy lejos de parecerlo. Formaban grandes y heterogéneas manadas, y eran de ver, al estribo de los caballeros, aquellos peatones incansables, de traza de mendigos o de reyes nómadas, con su bota legendaria al hombro, su vara no menos famosa en la diestra y sus zajones de machos de rebaño. Cantaban algunos, charlaban todos, triscaban los más, y el regocijo y la ansiedad se pintaban en aquellas caras, por las que los siglos pasaron sin dejar otra huella que la fatiga de un monstruoso y monótono trabajo corporal.

El polvo iba envolviendo piadosamente conforme pasaban estos grupos curiosos, y "el Pe-le-le" y "el Tarugo" seguían con sus ojos por el largo camino el interminable rosario de remolinos que un sol de agosto incendiaba.

"El Tarugo" estaba rendido. La caminata atroz le había dejado sin fuerzas, y "el Pe-le-le" le escupía a la cara su cansancio con frases estúpidas, pero eficaces, a juzgar por la reacción que en el pobre héroe producían. Cada uno portaba un hatillo y un largo y estrecho estuche de cuero teñido de grandes lamparones de sangre seca. En el hatillo llevaban un equipaje admirable: las zapatillas de lidia, muy usadas ya, sobre todo en la punta, de tanto alzarse en ellas para citar; el traje ceñidísimo de la corrida, que aún no era de luces, pero lo mentía con gentil descarro; un pañuelo bordado por Dios sabe qué manos castizas, y una fuerte y larga venda que la triste experiencia de su perro noviciado les había enseñado a llevar consigo. "El Pe-le-le" poseía un peine al que le faltaban muchas púas y una navaja de afeitar, algo desdentada, regalo quizá de algún barbero obsequiado con el brindis de un toro. En el estuche de cuero, un estoque de lance, de empuñadura mugrienta por el uso y la sangre de centenares de toros: había pertenecido a un gran torero, y era de buena marca, fabricado en Valencia, cerca de las torres de Cuarte. "El Pe-le-le" probaba la punta, bruñéndola con su saliva más por costumbre que por necesidad, observando, como si por primera vez lo viese, aquella desviación de la recta que los fabricantes valencianos dan a los estochos hacia su final para que el toro no escupa la espada o desvíe a mal lado dentro del cuerpo la herida fatal. Curábase entretanto "Tarugo" su pie izquierdo, herido. Lentamente, con ese gesto indiferente que da la tribulación hecha hábito, restañaba la sangre, empapándola en unos trapos sucios que allí mismo encontrara. Se había cortado con un cristal en el camino; las alpargatas de viaje, unas buenas piezas de Aspe o de Elche, estaban tan gastadas, que el pie no podía defenderse contra los obstáculos del campo, y el cáñamo y el lienzo se deshacían.

Se pusieron de nuevo en marcha. "Tarugo" cojeaba; su cara se fruncía con rabia a cada paso mal dado, más por la humillación de rendirse al dolor que por la intensidad del dolor mismo. La escuela de estos muchachos es sombría. No se vencerían más dificultades en una intensa labor social o de educación. Gastan en la contribución a su esfuerzo cantidades atroces de energía heroica. De nada sirve con ellos la advertencia cariñosa, y es tan bárbara su resistencia a las adversidades, que no ven otra cosa que el fin. Y hay que confesar que tal fin es, sin duda, un emporio de gloria y oro.

Llegaron pronto al pueblo. No faltó quien les reconociera, y seguidos de la muchedumbre entraron en cierta mala posada de esas que nuestros antepasados, viajeros pertinaces, calificaban, quizá por buen humor de raza, de "alivio de caminantes". Allí les ofrecieron vino espeso de la tierra, que ellos no quisieron beber puro. Ellos, que más tarde son la imagen clásica de la intemperancia,

en su aprendizaje saben reservarse, y en esta y otras muchas victorias silenciosas de su voluntad se esconde el secreto de su triunfo.

—Ellos son—murmuraban de todos los lados de la posada.

Y acudían grupos de labriegos y eran observados como bichos raros, como seres excepcionales a los que el destino reserva cosas y sucesos improbables.

"El Tarugo" oía como un mosconeo incasante:

—Tiene tipo de torero.

Era lo que oía siempre, en todos lados, antes y después de todas las capeas, por dondequiera que pasaban.

"El Pelele", que era pequeño y contrahecho, reía al oír esto.

Cambiaron sus vestidos. Entonces, el "tipo" torero resaltó más, y el cuerpo descarado del "Tarugo" fué el asombro de los campesinos. La coleta les hacía reír, porque la coleta hace reír siempre; pero aquella espalda magra, de hombros egipcios, en ángulo recto con la cabeza; las caderas sin curva alguna, verticales casi a los sobacos; los hemisferios de las posaderas destacados con impudor gracioso y sujetos por un pantalón extremadamente ajustado; la breve barriga deforme, señalada por la faja roja que oprimía la cintura: las ondulaciones de las bragas a manera de los calzones berberiscos y el "aire" inconfundible de aquel cuerpo chocaron a los campesinos, que no se hartaban de mirar con estupor alegre. Su extrañeza no era sarcasmo, ni siquiera crítica; presentían que quien se atrevió a vestirse así intentará más tarde una locura de esas que producen en el corazón de quien paga por verlas cierta emoción inolvidable, un gozo grosero al que los siglos han hinchado de recuerdos, grandezas y delirios. No hay locura ni sandez que no se perdonen si de ellas esperamos un beneficio. Nuestro corazón agradece lo que acelera su agitación y a costa de ello sabe borrar de la cabeza las ideas de criterio.

De esta guisa salieron al portalón de la venta, y los que había allí sentados se levantaron con muestras de un indeterminado respeto. Se hablaban algunos al oído. Los viejos les miraban a lugares fijos, y sonriendo picarecos cuchicheaban entre sí. El, el héroe, "el Tarugo", con la capa de ardientes colores al brazo, observaba todo aquello como por descuido. Sonreía a las mujeres sin sentir las influencias de sus ojos, tercamente puestos en él. Su tez morena, ahora pálida, se contraía indecisamente angustiada. "El Pelele" le llamó la atención:

—Mira esa vieja, niño.

Miró "el Tarugo"; era una vieja horrible.

Los lidiadores, antes y después de su celebridad, son gente muy extraña. Sus supersticiones influyen tanto en su alma nerviosa y falsa, que son causa de movimientos excéntricos de la voluntad. "Tarugo" apartó sus ojos, contrariado, de la vieja inmunda. Luego, sin saber lo que preguntaba, como se acercara a saludarlo su empresario circunstancial, el tío Requejo, le interrogó:

—¿Hay médico aquí?

La vista de la horrenda abuela había despertado en él no sé qué extraños sentimientos.

El tío Requejo contestó:

—Sí; esa vieja.

Esta vez "Tarugo" miró a la vieja, estremeciéndose.

El tío Requejo la llamó de una manera particular:

—Venga, tía "Sabía". "Tarugo" quiere conocerla.

"Tarugo" no quería eso, pero los toreros son esclavos de todo el mundo. Han de dejar hacer. Su famoso don de gentes, su célebre simpatía, consiste en que no pueden oponerse a nadie; cualquiera es un presunto espectador, y el público les fascina de un modo tan completo, que domina su independencia.

La vieja se acercó ágilmente.

El tío Requejo la cogió con respetuoso cariño por los hombros y la presentó al torero así:

—Esta es la mujer que más sabe de todo en este mundo. Medio pueblo le debe la vida. No hay animal que no la conozca. Es veterinario, médico y botica, todo en una pieza.

La vieja sonrió. Sus dientes, dentro de aquella boca sin labios, eran algo hediondo y sombrío. "El Tarugo" sentía frío viéndola. Tío Requejo acabó de hablar su sangre.

—No tengas cuidado por el médico, muchacho. Si te hace pedazos el toro, ésta te arregla en un periquete, aunque te hará sufrir más que el bicho.

La vieja apoyó esa afirmación arremangándose los brazos, como si se dispusiera a curarle ya. "Tarugo" retrocedió. Nada más siniestro que aquellos dos brazos descarnados. El pellejo arrugado y amarillento, a semejanza de las gallinas desplumadas o la piel de los indios centenarios, se liaba al hueso, cuyo relieve agudo se traslucía en la superficie viscosa como un tumor largo y estrecho. Era repugnante la increíble soltura de las muñecas, que probaba en el viento para enseñar al joven su agilidad de pulso, y los dedos, esqueléticos, nudosos, parecían apéndices de langosta y tenían los movimientos de las antenas rojas de los crustáceos.

"El Tarugo", hipnotizado, no podía separar sus grandes ojos negros de aquellos brazos nauseabundos que se agitaban llenos de vida monstruosa, como si fueran tentáculos de pulso. La vieja no hablaba; sonreía siempre.

—Es muda de nacimiento—dijo el tío Requejo.

III

Al llegar a la plaza Mayor, "Tarugo" ya no cojeaba. Su voluntad sufría, como todas las potencias de su alma, una especie de deslumbramiento ante el espectáculo del público congregado para verle. Repartía apretones de manos, sonrisas entre las mujeres, y sus ojos, acostumbrados a las más extrañas perspectivas, sorprendían muy lejos, por todas partes, saludos y bienvenidas. Y, esclavo de todo eso, contestaba amable.

El criterio era ensordecedor. El centro de la plaza improvisada, un volcán de polvo. No había barrera. Librarse allí de una acometida traidora era punto menos que imposible. Quince o más pueblos del partido vinieron al olor de la fiesta de la sangre, y carros, balcones, ruedas, tejados, tribunas, se veían ocupados por humanos racimos. En el suelo

mismo, la gente, despreocupada o familiarizada con el peligro o segura de que perder la vida es perder poca cosa, gateaba buscando puntos de mira. Los morosos, en número incontable, paseaban por el ruedo, no resignándose a no ver. Llevaban casi todos pinchos, puyas, hondas, palos de boyero, bastones de nudos que tienen la vara de color de camisa de culebra y una porra en la voluta de la cayada, vergajos de nervio de buey. Se llamaban de todos los lados con voces estrepitosas, cuyas disonancias, exageradas adrede, parecían llenarles de explosivo regocijó. Al reconocerse desde lejos y gracias a la voz, la algarabía era cosa milenaria, y todos participaban por gusto de aumentar la batahola y engordar el escándalo. Gritar era dar un gozo más al vecino, y se gruñía de veras observando la complacencia con que se era escuchado.

Las casas de la plaza desaparecían materialmente. Las piernas de los que ocupaban los aleros de los tejados llegaban hasta los balcones, y de ellos pendían, en posiciones estupendas, innumerables mocetones, para quienes la incomodidad de una situación violenta era un placer "muy gordo". Sólo se veían los radios de centenares de ruedas puestas a manera de polígono irregular; detrás de ellas y entre ellas, sobre las llantas mismas, montones de seres vivos se agitaban como lagartijas, haciéndolas rodar, cruzar, moviéndolas en torno de los ejes, que rechinaban lúgubramente.

La torre, masa de adobes, bermellón y miedo, presidía con cierto aire de alta-nería vergonzante.

La vista de la torre recordó a "Tarugo" los brazos de la vieja, y volvió a estremecerse sin querer y a tener frío en el espinazo.

Mucho tardó el ruedo en despejarse, pero todo llega. Un espectador en su sano juicio se hubiera horrorizado. El toro, saliendo y emprendiendo ciego la vuelta a la plaza, habría de cornear por docenas los desgraciados que formaban una barrera humana empotrada en los carros. Sin embargo, como siempre había pasado lo mismo, nadie lo hubiera cambiado, aunque en su mano hubiera estado el cambiarlo. Es así nuestra raza.

"El Tarugo" tampoco se preocupó. En su larga peregrinación veía tales cosas horribles, que nada le conmovía ya.

Poco a poco, el silencio se hizo en la multitud compacta. El silencio es contagioso, y parecía correr por trozos en el ámbito, acallando grandes masas. Algunos rumores se agitaban en el aire denso como chillonas flámulas, y luego se extinguían, aunque rebeldes.

"El Pelele", que hacía rato buscaba algo por la plaza, lo encontró al cabo.

—Mira, maestro—dijo a "Tarugo".

"Tarugo" vió a la vieja inmunda. Estaba allí, a pocos pasos de él, sin quitarle ojo, aquellos ojos en los que una prodigiosa vida luchaba contra la vejez y ulceración purulenta de los párpados sin pestañas, sucios y pitañosos.

"El Pelele" añadió jovial:

—Es el médico que nos envía el Municipio.

"Tarugo", una vez más, sintió aquel frío raro de la espalda.

Salió el toro. Y con él una explosión del alma de la muchedumbre. El animal

arrancó al galope y corneó durante largo rato las ruedas de los carros. La multitud rugía como si sintiera en su carne cada uno aquel cuerno derecho, esgrimiendo por el toro a manera de navaja. En sus rapidísimos embates se le veía revolver sobre sus cuartos traseros, rozar los morros en la arena y sacar el cuerno tinto en sangre. Arrastrándose con majeza imbécil, algunos mozarrones le excitaban sacudiendo en el suelo las varas; el toro acudía, y entonces, al pretender esconderse, sonaban dos golpes brutales: el del toro en el carro y el de aquellos bestias al querer pasar por entre dos radios de la rueda. Se corrió entre la muchedumbre la agradable noticia de que un valiente de estos había sido alcanzado, y se reían porque en el lugar del cuerpo donde el toro había metido su cuerno todo era carne.

“El Pelele” detuvo bien al toro. Aunque lo hubiera hecho mal, la gente le habría aplaudido. Después quiso “salir” por lances de capa que en su disparatada jerga llaman “medias verónicas”, y el toro se negó. La muchedumbre abucheó al toro por su cobardía, y el toro, que parecía entender ese lenguaje perfectamente, dió a comprender al pueblo que allí se haría lo que a él le diera la gana. Y esta convicción exasperó al público tanto, que comenzaron a arrojarle, con las invectivas más soeces, piedras y mondarajas.

—Es un buey de una vez—dijo “Pelele” a “Tarugo”.

Lo era. Más tarde, cuando estos estúpidos aprendices han triunfado e impuesto su apodo y sus redaños, sienten terror con sólo recordar los toros mansurrones y grandes en que se ensayaron. Estos toros-bueyes son muy peligrosos. Demasiado hechos, cornalones, “corniveletos”, acostumbrados a estos escándalos pueblerinos, en los que a veces han matado durante tres o cuatro años no pocos moradores, saben chino.

—Sácale tú a los medios—le mandó “Pelele”.

“Tarugo” no se hizo rogar. Recogió en su cuerpo la capa, la aireó, emprendió unrotecillo y a la media vuelta llamó la atención del toro. Este acudió, y “Tarugo” se lució en regates y quiebro que no parecieron satisfacer mucho. Quiso repetir y mejorarlos, arrimándose más, pero el toro se fué a los carros paso a paso, muy desconfiado y echándose sus cuentas. Hasta allí le siguió jadeante el lidiador. Citó de nuevo con coraje, y el gentío, encantando por este enardecimiento, le ayudó a grandes voces. El toro humillaba, y con su pezuña levantaba grandes surtidores de arena. Llamó varias veces, en compañía del pueblo; el toro no quería lucha. Desde lo alto de los carros, por entre los radios de las ruedas, en las ancas, lomos, corvejones, le pinchaban brutalmente; él se revolvía contra los carros en vez de avanzar. “Tarugo” se impacientaba; nadie se luce aguardando. De pronto miró arriba y vió... a la vieja maldita.

Instantáneamente, en un abrir y cerrar de ojos, certero e inexorable como el Destino, el toro se le vino encima.

Antes que él lo vió la gente; más que sentir su cogida, “la vió” en los ojos espantados de la muchedumbre. El ariete de ésta hizo recular al toro; pero el hom-

bre estaba en el suelo, y fuerte mancha roja cubría uno de los muslos.

La vieja, en su carro, sonriente, se arremangó los brazos. Fué lo último que “Tarugo” vió en su vida.

Su temblor le atrajo de nuevo el toro, y la poderosa cabeza de la bestia jugó con aquel cuerpo cruelmente. Se oyó claro, fatal, un sonido de rotura, como un desgarramiento; luego, un golpe seco; después, muchas sacudidas contra la tierra de un cuerpo inerte, recogido, campaneado como un pelele... Por fin, el toro se fué lentamente, precipitando su rotecillo típico a medida que se acercaba al lugar de donde había salido. Ya en él, recorría con el belfo las junturas de la puerta.

La muchedumbre tuvo entonces un solo corazón y una sola garganta. Su grito, unánime, fué como una petición de auxilio. En aquella plaza irregular veíanse hembras en posturas encogidas, mozelas que se cubrían la cara con las manos, chillones mancebos que hacían aspavientos y sacaban la jeta como oliendo en el aire la sangre del “maletilla”... “El Pelele”, cerca del toro, veía atontado, paralizado por el estupor, desangrarse en el polvo a su compañero...

Fuó la primera en acudir la vieja. Saltó cómicamente, salvando la baranda del carro “a la torera”, e indicó con un gesto a los mozos cómo había que conducir al desgraciado.

Y siguió al grupo arremangándose los brazos cada vez más alto..., sonriendo siempre, fuera de los labios, secos como pellejos de uva sin pulpa, los horribles dientes amarillos.

IV

Aquel cuerpo fué colocado sobre una mesa del portalón o pórtico de la posada. Las moscas acudían; en muchos sitios de la mesa, los lamparones de la sangre desaparecían bajo ellas. Y nadie hacía cosa alguna para ahuyentarlas.

Tío Requejo se acercó a la vieja, que comenzaba su labor. La trajeron un cubo de agua, un cuchillo de matanza y fuego. Parece ser que había pedido como ella podía hacerlo estos siniestros utensilios. Sus ojos brillaban con entusiasmo en las órbitas pitañosas. Era duro su gesto, y parecía encantada de aquella ocasión, que también, en su genio de bruja, tal vez había previsto. El cuerpo del joven lidiador se desangraba espantosamente, y ella sonreía viendo resbalar la sangre, que ya caía al suelo en hilos gruesos.

La gente formó en torno del grupo macabro un muro impenetrable. Caía a plomo sobre ellos el sol. Algunas mujeres lloraban; los hombres se limpiaban con sus grandes pañuelos de hierbas el sudor de sus rostros montaraces.

El grito dado por la muchedumbre parecía oírse aún en el ambiente.

“El Pelele”, al lado de la vieja, en los brazos la inseparable capa de brega, observaba aterrado a su amigo, cuyos ojos, cerrados por la conmoción cerebral, creía abiertos y fijos en él.

—Hasta muerto—dijo a su lado tío Requejo—, hasta muerto tiene este crio tipo de torero.

La boca del “Tarugo” era un costrón de sangre y tierra, como sus cabellos. La

vieja monstruosa se movía en todos sentidos con agilidad de ardilla; vertía el agua con vinagre por el cuerpo del mártir y buscaba el rastro de las heridas como si las olfateara. La sangre, roja, espesa, del muchacho infeliz, diluida en el agua, se desparramó en charcos lúgubres, que la vieja pisaba indiferente. Varias veces le abrió los párpados, y observándolos meneaba con satisfacción su horrible cabeza de vampiro.

Las moscas debían conocerla bien, porque no se espantaban de sus gestos. La admiración del enorme grupo azuzaba su instinto, y se sentía llena de un hediondo regocijo.

—Esa—decía un mozo de cabeza de buey—, ésa le cura aunque esté muerto. Mira tú si hizo nuevo al notario.

Una de las bravas mujerzuelas que veían la escena sin pestañear asintió:

—Es capaz tía “Sabía” de eso..., ¡vaya! Bien duro de pelar era el cura, y le arregló los huesos, que está mejor hoy que cuando lo hizo Dios.

Fuó un momento de tremenda angustia ver a la vieja esgrimir el ancho cuchillo de matanza. Muchos calzonazos se taparon los ojos, acobardados o medrosos. Se oían los chillidos de los niños, que querían ver, y voluntariosos, se abrían paso en la masa de gente. Los vecinos se avisaban unos a otros, y por momentos se estrechaba el círculo de los campesinos en torno de la horrenda mesa de disección. Al contacto de la hoja acerada, la pierna del “Tarugo” se estremeció un poco; “el Pelele” quiso avanzar para impedir la consumación, pero el tío Requejo lo arrojó violentamente, diciéndole:

—¡Déjala hacer!... Los toreros tenéis carne de perro.

Y el enorme cuchillo se hundió en la “carne de perro”, y “Pelele”, que no hubiera gritado en el cuerno de un toro aunque se lo hubiera clavado hasta la misma cepa, dió un grito bestial. Su alarido conmovió a los espectadores, haciéndoles desear ver más de cerca la función siniestra. Las apreturas motivaron instantes trágicos. La masa de gente invadía los charcos de sangre, y se señalaban unos a otros los huecos que los cuernos abrieran en el cuerpo del torero, los verdugones morados y bermejós, semejantes a trallazos furiosos dados en una piel fina; las ampollas hinchadas de líquido viscoso; las desgarraduras que las pezuñas del toro le habían producido.

Querían ver aquellos campesinos, con la bárbara tenacidad que los labriegos ponen en sus caprichos. ¿Y por qué no habían de ver?... La fiesta se había agitado, y había que resarcirse con emociones nuevas, intensas, como aquella, para volver al pueblo y contarle e ir por el camino explicándose el drama de cien modos, todos brutales, fuertes, machos. Y para ver se atropellaban furiosamente, a codazos, incrustándose, removiendo en la masa hacia adelante, usando de las manazas y de los palos, sacando la cabezota para ver e irritándose por tardar en ocupar la fila primera. ¡Oh, aquellas caras de fortísimas barbas, de color cetrino, aquellos ojos agrandados desmesuradamente por el ansia de ver sangre!... Surgieron las disputas, esas discusiones que se llaman, por lo rudas, “broncas”; los diálogos en fusas que se

convierten en falansterio de voces donde todos hablan, tienen razón y la imponen sin ella. El gentío rugía convulso. Era necesario ver, y por minutos la opresión centuplicada en todas direcciones, quebrada y refractada por nuevos asaltos y fuerzas contrarias, se transformaba en impulsos bruscos que producían oscilaciones peligrosas, desgarras, amontonamientos... Había que ver al torerillo y meter un dedo en las heridas y estremecerse con la visión del horror. Y empujaban inexorables.

Aquellos brazos esqueléticos, asquerosos, que tanto miedo causaran al pobre "Tarugo", se cebaban ahora bien en su cuerpo y su sangre juvenil los teñía... Veíase cruzar velozmente la hoja del cuchillo, y la herida, ensanchada, ofrecía sus bordes cruentos doblados en atroces muñones de carne palpitante. La vieja sujetaba las venas o ligaba las arterias de un modo primitivo y feroz. De su faltriguera insondable sacaba hilos, bramañtes, fragmentos de sogas de esparto, hierbas secas, trapos inmundos, que manejaba con singular rapidez, sonriendo siempre, aunque tuviera, para dejar las dos manos libres, que ponerse en los dientes la hoja del cuchillo.

Puso en las brasas el hierro de un martillo, y antes que nadie pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer quemó, abrasó, carbonizó. La carne temblaba bajo sus manos indescriptibles, bajo aquellos diez dedos que eran como otras diez pinzas de cirugía salvaje. Humeaba la carne, y el olor rechazaba las filas primeras de los curiosos. Las lágrimas caían por las mejillas de aquel "Pelete" de cabeza acarnerada que no había llorado nunca. Hubiera preferido ver a su amigo toda una tarde en los cuernos del toro que en las manos de aquella horrible vieja muda.

Tío Requejo, que miraba hasta hartarse, gruñó:

—Pues si no cura, es que no es de ley.

Las manos de la vieja voltijeaban sin cesar. Eran como garras de un grajo caídas sobre la carroña. Ahora tenía en ellas hacecillos de plantas, de Dios sabe qué hierbas, y las sepultaba en las heridas, en los boquetes, sin cuidarse de otra cosa que de obrar por obrar, mientras la muerte generosamente se apoderaba de aquella cara siniestramente blanca, cuya boca, abierta en fea mueca, enseñaba las encías; de aquel cerebro no vuelto en sí todavía, que no había de volver en sí nunca...

Y la cura trágica seguía..., no acababa. Primero, aquel cuerpo se estremecía; después, los movimientos eran semejantes a espasmos, a salidas de letargos que terminaban en sacudidas tremendas, pero muy cortas; luego..., "el Tarugo" no se movió más.

Su cabeza caída era inolvidable.

Tío Requejo dió fe de su muerte con espartana sobriedad:

—Este animal se ha empeñado en morir.

"El Pelete" le miró con ojos agresivos. Tío Requejo le puso una mano en el hombro y sentenció así:

—Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...

"Pelete" huyó; tuvo miedo de la funesta abuela, de la curandera bárbara, de sus colaboradoras las moscas, del sol

que veía todo aquello impasible, de aquella muchedumbre encanallada que no tenía compasión, comida por la curiosidad, por el deseo de estremecer sus nervios enfermos. Y corrió con ese paso que ha hecho célebre el dicho castellano "como alma que lleva el diablo".

¡Ah!... Doña Amparo no supo jamás esto; ni siquiera supo que su hijo había muerto.

Tío Requejo hizo su oración fúnebre:

—¡Qué lástima!... ¡Con el tipo de torero que tenía este crío!...

Los caballistas de Arroyo del Puerco

"Si hay carne que cortá,
la tijera lo dirá..."

(Pareado de los curanderos de Osuna; año 1915.)

"Por la calle e la Amargura
va nuestro pare Jesús...
¡Qué lágrimas le "caiban"
por la divina "testuz"!..."

(Cantar popular extremeño; año 1915.)

I

Arroyo del Puerco es un pueblecito extremeño pobre, pero honrado; si el pobre, como decía Cervantes, tiene derecho a serlo. Está a dos pasos de Arroyo de Malpartida, que es una estación del ferrocarril tan española, que pudiendo y debiendo alzarse en uno de los dos pueblos, optó por quedarse entre los dos y en medio del campo, con lo que los señores viajeros salen ganando, pues hacen lo mismo que la estación, y por no sufrir molestias no se bajan del tren. Mas si os es necesario apearnos y vais —pongamos por caso— a Brozas, haced testamento y arreglaos con Dios como buenos cristianos, porque hay allí, al alcance de vuestra mano, cierta barca de Caronte—que en España se llaman diligencias, tal vez por recuerdo imperecedero de las judiciales—, y habéis de andar en ella leguas, ora ayudando a bien morir las cuestras arriba a unos jamelgos, ora agarrados a los radios de las ruedas, que al ser empujados se quedan en vuestras manos, convertidos en ceniza casi humana por lo deleznable. ¡Oh diligencia de Brozas, que, por cierto y para mi mal, te llamabas "La Constancia", jamás vi imagen de mi patria tan exacta y venerable! Fuera para arriba o descendieras, era de oírse aquellos crujidos de tus tablas, aquel ruido macabro de hierros viejos, las voces desaforadas del mayoral, los latigazos y blasfemias de los encarteros o postillones. Andabas, hay que confesarlo; soportabas nueve veces el peso que podías llevar; se arreglaban en el camino los desperfectos a fuerza de tremendos martillazos y te quejabas tan lastimeramente, amigamía, que producías compasión y ganas muy grandes de hacer contigo una hoguera y bailar en torno a lo salvaje. ¡Cuántas veces los desdichados pasajeros, hartos de verse en peligro, no se han reunido en sesión secreta para acabar con tu miserable armazón de podri-

dos tableros! Pero, como España, seguías adelante llena de remiendos, atados tus puntos vulnerables, que eran todos, con endiabladas sogas, rechinando, cómica en tu sublimidad, constante, ¡ya lo creo!, con la constancia inexorable de lo que se muere irremediadamente y no quiere morirse... Y allá, al final de tu viaje, más allá de Brozas, el soberbio puente romano de Alcántara, sobre el Tajo, divina joya incomparable que amonada y asombra con su grandeza, pieza inmortal que bien valía soportarte, ¡oh cien veces cómica y sublime diligencia "La Constancia"!

La cuadra de este hipogrifo era el orgullo de Arroyo del Puerco. Desde tiempo inmemorial, ciertos labriegos transmitíanse aquel bicharraco, preciada herencia puesta bajo la salvaguardia de la ciudad, que ya se cuidaba de no sustituir con otros medios de locomoción el viejísimo artefacto. ¿Por qué?... Porque sí, porque los pobres tienen que comer y derechos adquiridos, y realmente no era poco mérito llevar y traer la famosa tartana. ¿Automóviles?... ¡Y ellos que vieran! Un día se corrió la noticia de que venían. Aquello era inaudito e insoportable. Se entablaron sombríos diálogos:

—Que vengan.

—No vendrán.

—Los trae el cacique para quitar el pan a los pobres.

—Vendrán, pero no saldrán.

Y ni vinieron ni salieron. El pueblo se puso de uñas, y la empresa, o lo que fuera, se atemorizó. Eso de viajar cómodamente y de prisa no reza con nuestra sobriedad celta. Es toda una epopeya el trabajo de sustituir los peatones y los coches-correos, y el que se atreviera a escribir su historia revelaría en absoluto el estado actual de nuestra civilización. Las gentes miran agresivamente el coche de motor; su estrépito commueve los nervios; le tiran piedras, ponen trampas, le insultan. Semejantes a sus perros, corren detrás ladrando. Que el correo llega antes y oportunamente y a horas fijas... ¿Y eso qué significa? ¿Qué importa recibir las cartas antes o después? Que la velocidad y el "comfort" traen visitantes... ¿Y para qué? ¿Para reírse de ellos? Que traen novedades industriales, muestras, corredores de comercio... Pues lo mismo venían antes, aunque tardaban más, es claro.

El caso es conservar lo viejo, lo que se ve se usa todos los días, lo que pasó a ser hábito y se consubstanció en el instinto, lo que se hizo ley a fuerza de ser costumbre, lo que se convirtió en maneras, tradición y leyenda y gestas. Porque así no se discurre ni hay necesidad de violentar el destino, ni hay que preocupar los sesos con problemas. El pan nuestro de cada día... dánoslo hoy, Señor..., y mañana tú dirás..., mañana será otro día..., a cada día le basta con su cuidado. En Arroyo del Puerco sucedía lo que en toda España: triunfan siempre los tímidos, los débiles, los zurupeños. Para triunfar se agrupan como pingüinos y se dicen al oído historias lamentabilísimas que pueden ocurrir. El débil se impone con facilidad; no tiene más que asomar la punta de la navaja por la bocamanga, dejando escondidas las cachas. El matonismo es la profe-

sión de los cobardes morales. Y como necesitan justificarse a sí mismos las barbaridades, tienen el talento de universalizar su egoísmo, que, siendo colectivo, es ley.

De todo esto se deduce que la diligencia venció al automóvil en Arroyo del Puerco, y es lo que no he sabido decir en pocas palabras. Así es que llegó el día de una santa patrona, de cuyo nombre tanto valdría acordarse como no acordarse, y la diligencia dejó las sacas del correo como pudo, que no fué poco, y los viajeros se lanzaron a las calles después de desentumecer sus contraídos miembros. Precisamente en la plaza aquella acababa de suceder un episodio precioso. La noche anterior habían aparecido destrozados los árboles ya crecidos que el Municipio plantara con objeto de "alegrar" la enorme extensión vacía. Allí podían leer nuestros sociólogos un libro sobre nuestra raza; los pobres arbolitos enseñaban su tronco roto por filo de hacha, muertos para siempre por una mano asesina, amante del polvo, la sequía y los páramos libres.

La víspera, en una taberna, dos hombres hablaron así:

—¿A que los hago cisco?

—Toma, y yo también.

—Pues antes que tú lo hagas lo hago yo.

Se buscó a estos hombres, y tanto valdría haberlos encontrado. ¿Para qué?... Su brutalidad era hija del medio, venía de lejos, era ancestral, atávica, lo habían "mamado". Y como esas fuentes o tetas se conservan intactas, inútil era afeárselas su conducta canalla. Eran brutos por serlo, se sentían bien siendo brutos. En Brozas había sucedido un caso semejante; el pueblo lo comentaba alegremente. Decía, sonriendo:

—¡Qué bárbaros!

Por las calles, las viejas de siempre, los niños de todos nuestros pueblos. Calles, viejas, casas y niños tenían ese parecido alarmante que asusta a los pensadores. Las calles, sin subsuelo, sin árboles, sin encanto; las viejas, agazapadas en los umbrales de las casas como perros guardianes, estrechando a los niños contra sus arrugas en promiscuaciones tristes; las casas, sin otro ornato que algunos viejos escudos extremeños del tiempo de los descubrimientos coloniales o de los hombres inverosímiles que cantara Roque Barcia; los niños, tirados, sin zapatos, gozosos con su suciedad. Las calles os dicen cómo se administran allí los fondos municipales, las casas os muestran la ninguna alegría de sus moradores ni deseos recios de vivir, las viejas os recuerdan que jamás fueron niñas, los niños os cuentan que eso de ser niño en nuestra patria es una gran carga para el Estado, la ciudad y los padres mismos.

En la iglesia voltea fuertemente una campana; las puertas están de par en par, y desde fuera se ven arder cirios. Los chicos y los grandes entran y salen con esa libertad y poca unión que caracteriza nuestra religiosidad. Familiarizados con la parroquia, hablan dentro de ella más que fuera, mezclan las reverencias con la irrespetuosidad más bellaca y detienen su mano empapada de agua bendita para dar descaro e intención a una frase nada santa.

Parece ser que la gente joven se ha ido a la ermita de la patrona, y el cura espera en las gradas, metidas las manos en los bolsillos de la sotana, ladeado el bonete a lo quinto y con la cara más picaresca del mundo. Me detengo para observarle bien, pues estos sacerdotes son documentos vivos. Se lee en su cara el cansancio, el hastío, la monotonía de hacer todos los años y todos los días lo mismo. Aquel bonete gentilmente ladeado sobre una sien es todo un capítulo del "Buen Amor del Arcipreste". Tiene toda la facha del aburrimiento. Se aburre como las casas, como las calles, como sus feligreses.

El pueblo posee cerca una gran laguna. Podía ser su vida, y es su muerte. El agua embalsada en tan enorme cantidad no rinde tributos; es el pueblo quien le ofrece víctimas, y el paludismo se encarga de avisar puntualmente y por barrios cuando les llega su hora. El panorama del pantano es muy bello, mas entristece el alma observar qué poco partido se saca en nuestra patria de las riquezas naturales. No se siente la Naturaleza y, por tanto, no se cultiva. La misma necesidad apremiante, urgente siempre, convierte en odio el triunfo de la labor sobre lo agreste, en indiferencia mortal lo que sería, de explotarlo juiciosamente, un manantial de vida cada vez más copioso.

Pero a cambio de ello, en esa laguna se ahogó un destripador peligrosísimo, como su propio nombre lo indica, y en circunstancias verdaderamente aterradoras.

He aquí cómo fué:

Una tarde de cierto mes del año que os parezca venía por la carretera un pobre viejo de mala traza y con aspecto de haber andado más de la cuenta. Como sintiera hambre, amén del natural cansancio, se sentó donde pudo, dejó a un lado el talego mugriento que llevaba a cuestas, sacó un pan grande en forma de hogaza y una provisión de torreznos, que colocó sobre una rebanada de pan, abrió la navaja y comió a dos carrillos con visible satisfacción. En esto acertó a pasar un chiquillo, que, siguiendo inmortal costumbre, se detuvo para mirar al viejo. A éste le agradó la figura simpática del muñeco, le llamó, le ofreció un pedazo de su frugal vianda, y en el momento de alargarle un trozo se le cayó la navaja, que rogó al pequeñuelo recogiera y entregase. Lo que pasó en el alma del niño no se sabe; el caso es que empezó a dar gritos desaforados y a llorar a moco tendido, llamando a su madre como si en aquel momento lo estuvieran escabechando. Llegó la buena y asustada mujer, y como el viejo, riendo, hiciera un gesto con la navaja y el pan en alto para significar su sorpresa, aquella señora prorrumpió en alaridos. El niño, agarrado a sus faldas, la imitó, y pronto se hizo en torno del viejo un grupo que lo miraba con muy mala sangre. Nadie le preguntaba cosa alguna, y él sonreía de todo aquello, comiendo de firme, la navaja enhiesta en una mano, cuando oyó gritar a la mujer:

—¡El destripador, es el destripador!...

No se le hubiera ocurrido jamás palabra tan tremenda. Los del grupo la repitieron sin saber seguramente lo que decían, y los niños hacían lo propio.

—¡Es el destripador!... ¡Es el destripador!...

El grupo creció, y el viejo comenzó a inquietarse. Se levantó y quiso hablar, pero todos huyeron violentamente, parándose a distancia, sin cesar de gritar lúgubres:

—¡Es el destripador!...

Un destripador en la imaginación del pueblo—que nunca ha visto uno, por cierto—, es algo terrible, una especie de vampiro que acecha a un chico, le rapta, le da muerte atroz, mete la sangre en botes, le arranca las tripas y se las guarda bonitamente para hacer con ellas "melecinas" que curan ciertas enfermedades a los señorones de las ciudades viciosas y lo pagan bien.

Todo esto y algo más vió el grupo en el pobre viejo. Sus largas barbas hirsutas, sus cabellos desarreglados, su facha de mendigo de novela por entregas, aquella navaja que esgrimía, certificaban al gentío en su horrenda creencia. El grupo crecía por instantes y se revolvió furioso contra él.

—¡Es él!... ¡Hay que matarlo!...

El abuelo tembló. Comenzaba a comprender. Recogió el saco, se lo echó al hombro y retrocedió, dando la cara con cuidado.

—¡Se nos escapa, se nos escapa!—aullaba el gentío.

—Lleva las tripas de los chicos en el talego.

—A cogerlo.

—Vivo, no.

Una piedra le dió en la cara, y entonces, indignado, se detuvo e hizo frente. Llevaba aún en la mano la navaja abierta; dejó en el suelo otra vez el saco y esperó.

El gentío le apedreaba. Del grupo grande le separaban otros que pretendían cercarle. El pobre viejo alzó la voz temblorosa.

—Pero, oid, animales, ¿qué vais a hacer?

—¡En la cabeza, hay que acertarle en la cabeza!—decían.

Y llovían las piedras sobre él. Mientras, le acorralaban, no dejándole otra salida que las aguas de la ciénaga.

Y en ellas se ahogó, y nada más. Durante muchos días, la preocupación de la muchedumbre fué enorme. Unos a otros se preguntaban asombrados:

—¿Qué contendría el saco?

II

En la puerta de la ermita había un gran jolgorio. Los santos en España son un pretexto para holgar, y la devoción no es más que la garantía de una pereza profunda.

Bailaban, bebían, se perdían las enamoradas parejas en las sinuosas sendas de los rastrojos y las carrascas. La multitud, ávida de libertinaje, estrujaba su imaginación para componer cuadros de Wateau en el seco con unos cuantos árboles, los conciertos celeberrimos que por "acá" se estilan y el campo sin labrar y los arroyuelos con sus berros, mejorana, verbena, hierbaluisa y albahaca, de picante olorcillo.

En la pared de la ermita había una escena goyesca. Apoyado en ella construyeron un tinglado curioso. Erase que se

era un tablado y unos vasares a modo de escala. En los anaqueles, la piedad y otras trapisondas almacenaron unas docenas de valiosos obsequios regalados a la patrona. Mas como ni las santas ni Nuestra Señora la Virgen María podrían beneficiarse con nuestros dones, sean carniceros o de cereales, la previsión eclesiástica había colocado en el tablado un ser singular que con voz de hierro y gestos subversivos—que eran el refocilamiento de las mozas—tasaba las ofrendas, recibía las ofertas, las discutía con arabescos en los que el ingenio fulguraba como luz de bengala y adjudicaba el lote subastándolo entre sabrosísimas piruetas, retruécanos jugosos y centelleantes equívocos, recibiendo por él moneda villana, pero positiva.

—Dan por el lío quince reales... ¿No hay bicho viviente, volátil o velocipedo que dé un realito más?...

Y sonaban risas estrepitosas. Y un "bicho" daba el realito.

—Hay dieciséis reales; nada más que dieciséis reales; sólo hay seguros dieciséis reales; un duro menos cuatro reales. ¿Es que no vamos a dar el duro a la santa?...

Y un buen devoto daba el duro.

—Dan veinte reales; dos veces diez reales; la santa quiere más reales por el lío; parece mentira que sólo haya veinte reales en la reunión. ¿Devotos de la santa, "sursum corda"!

Y el latinajo hacía su efecto, como siempre, y el devoto se erguía con seriedad religiosa.

—Doy veinticinco reales por el par de pichones.

—Dan veinticinco miserables reales; un real más, señores, y vuestro es el lío.

—Doy ese real.

—Dan otro real; han dado otro real; darán más reales; la santa os lo devolverá al llegar a casa; sólo es la intención, devotos; dad más reales, realitos, realazos.

La palabra "reales" es en su boca un término famoso. Acentúa la letra "r" de tal manera y prolonga la letra "e" tanto, que concluye por hacerse imprescindible a los oyentes escuchar palabra tan redicha y recalcada.

—Doy dos duros.

—Dos ojos de buey, señores; dan dos ojos de buey. El lío tiene ya dos ojos. Cuarenta reales. ¿No hay quien pase de los cuarenta?

—De los cuarenta para arriba—le interrumpo uno—no te mojes la barriga.

—Yo me mojo.

—Ya hay quien moja; ya ha mojado uno, señores.

—Doy cuarenta y dos y medio.

—Dan a la santa cuarenta y dos y medio, y la santa quiere más. Venga, que se cansa el tío. Vayan dando.

—Doy el medio más.

—El cuarenta y tres dan.

—Cuarenta y cinco, y de ahí no paso.

—Da uno cuarenta y cinco, y no pasa de ahí.

—Paso yo. Doy cincuenta.

—Pues sí que paso. Doy cincuenta y uno y medio.

—Pues adelante el medio.

—El sesenta pelao.

—Dan el pelao. Se ha pelao el sesenta. Tres ojos para la santa. Hay que dar a la santa más ojos...

Pero nadie da más por el "lío" y para la santa. El vocero otorga el cesto con los pichones.

Entre las ofrendas hay ramilletes de dulce muy adornados, borreguitos con lazos muy monos, sacos de harina, cerdos, cuadros, enormes platos de natillas con la imagen de la santa en huevo hilado, tarros de miel, roscones, tortas con iniciales trazadas sobre la tostada corteza por obra y gracia de un cucurucho relleno de crema y espolvoreadas con gragea de anises.

El orador ha cogido por las orejas un cochinito y lo balancea en el aire. El tostón gruñe rabiosamente.

—Vamos a comernos esta obra de Dios. ¡Qué rico!... ¡Qué ricooooo!

—Dos beatas.

—Dan dos beatas por este angelito.

—Tres.

—Dan tres. ¡Qué lástima que la santa no coma!

—Tres y un real y medio.

—Dan un real y medio más por este crío sin huesos. ¡Se come hasta los huesos! Dan tres y un real y medio más.

—Doy cuatro.

—Cuatro dan, dan cuatro, y cuatro nada más, y nada más que cuatro, y eso no puede ser.

—Cinquito.

—Da un sabio cinquito. Cinco veces cuatro reales. Por no oírlo, señores, ¿no hay quien dé más, siquiera por no oírlo?

Después subasta un plato de arroz con leche salpicado de canela.

—Arroz, señores; lo que comen los chinos.

—Un real.

—Dan diez y diez y la mitad de diez.

—Dos reales.

—Dan y no dan; hay que seguir dando; dan dos.

—Doy tres.

—Tres, dan tres, devotos de la santa... al arroz. Tiene leche y canela. Palabra que nadie le ha metido el dedo más que menda el escarolero.

Colocan el dinero en una bandeja, donde pocas monedas caben ya. Cerca hay un cura con sobrepelliz, estola y el bonete en la mano. Los devotos entran sin cesar en la ermita, pero se detienen poco; sin duda que no son muchas las cosas que tienen que decirle a la santa. Por allí hay un espacio cubierto de ex votos. Son piezas de plata; de latón, las más; de cera, muchas; hay también cabelleras y juboncitos de niño, pequeñas muletas, estatuillas con cintas y platos de pasta roja con dos ojos que parecen dos huevos fritos.

Al atardecer comienza el desfile. Es una interminable cabalgata de carros llenos de familias que vuelven santificadas por la devoción e iluminadas por el vino, deseosas de llegar antes que los caballistas para gozar bien del espectáculo. La carretera, la vereda de la ermita, las riberas de la laguna, los campos cuajados de redondos cantos gredosos, desaparecen; sólo se ven reatas de vehículos camino del pueblo, lo más de prisa que les es posible. Parece el éxodo de una ciudad invadida. Cantan, ríen, charlan, sueñan las campanillas de las colleras, se oyen guitarras, acordeones, bandurrias y voces de mozos que por laringe deben tener caños de fuente pública. Entre los carros pasan velocísimos a caballo ex-

trañas parejas que sortean los obstáculos con incomprendible maestría, entre un torbellino de insultos, excitaciones, gritos y alabanzas.

Ya en el pueblo me informo bien de lo que va a ocurrir. Y lo que va a suceder, señores, si Dios quiere, es lo peor que Dios podía querer y los hombres permitir. ¡Y luego dicen por ahí que los literatos filosofamos demasiado!... ¿Cómo explicarse que sea necesario venir de una romería, de una visita santa a la patrona, para realizar alguna de esas barbaridades sarracenas que le "llaman a Dios de tú", que ponen en duda la civilización y que no es posible creer hasta después de haberlas visto, porque mientras se ven no hay manera de creerlas? Y yo os juro en mi fe que si no las veis no comprenderéis nunca en qué clase de trágico país tuvisteis la fortuna de nacer.

—¿De modo que usted no sabía—me dicen—que aquí se celebraba esta fiesta? ¿Pues va a ver lo que es bueno!

—¿Y qué va a ser lo bueno?—pregunto, escamado.

—Tiene dos partes a cuál más bestiales. ¡Como que para verlas es preciso poseer valor por celeminas!...

—¿Qué necesitarán, entonces, tener los que las ejecutan?

—Esos... necesitan tener... los sesos en las manos.

—Bien. Veamos.

—Antes hay que ver el toro.

—¿Hay toro?

—Este año sí.

—¿Otro año no?

—Otros años hay dos. En años pasados hubo uno en cada calle.

El toro está encerrado en un corralón y en medio de él. Es un novillo muy raro, tan raro, que me recuerda aquel toro Apis de que habla Herodoto (1), en cuyo cuerpo encarnaba el alma de Osiris cada veinticinco años, y que había de tener las siguientes señales: ser novillo cumplido, hijo de una ternera que no estuviese todavía en edad hábil para concebir, por lo que se verificaba la concepción bajando una ráfaga de luz sobre ella, y ser de color negro con un cuadro blanco en la frente, una como águila pintada en la espalda, con los pelos de la cola duplicados y un escarabajo remedado en la lengua. Palabra que el demonio de toro aquel se parecía al Apis egipcio. Jamás había visto yo un bicho tan extraño, y si no fué concebido por obra de algún prodigio, por gracia sí lo fué, y hasta para hacerla.

—Este animal no tiene cara de bueno —dije.

—Se escoge siempre —me contestaron—muy raro.

—Pero ¿eso tendrá su razón?

—Ya lo verá. Y vamos, que eso está al caer.

Si nos retardamos un poco nada más me quedo sin ver la primera parte de la fiesta de los caballistas. Cuando llegamos a la calle—palenque del exótico torneo—estaba desconocida y ocupada por miles de almas. En los balcones, ventanas, aleros de los tejados y sitio que debían ocupar las aceras no se veía un hueco, un lugar vacío. Entre las dos densas filas de gente corría estrecho andén li-

(1) Libro II, párrafo 38

bre que sólo con verle así me producía fuerte escalofrío. Pude ocupar un balcón, y desde allí el espectáculo era inolvidable. Trataré de daros una idea de él, porque vale la pena.

La calle, angostísima, no era toda recta, ni siquiera curva, ni quebrada, ni calle, y sin embargo, desde cualquier punto que os colocaraís la veáis entera, salvo algunos ángulos que adivinabais fácilmente y que podíais medir sin dificultad. No tenía rasantes, ni aceras, ni arroyos; ni las casas, cornisas; ni las aristas de cada casa encajaban; cada finca era como quería ser, ocupaba el solar que la daba la democrática gana, se levantaba para ver los hombros de su vecina; algunas, después de alzarse más de lo conveniente, se inclinaban sobre su costado, sin duda para comadrear; otras, y eran las más, echaban panza, y su fachada tenía cierto aire de barriga de abad. Los balcones y rejas, sin el descaro gracioso de los balcones de Andalucía—¡oh maravillosas rejas de Lucena y de Priego—, se adelantaban, robando espacio al aire, y vi balcones corridos que parecían los labios inferiores salientes de los prognáticos y degenerados. La calle no tenía transversales, ni las necesitaba. Y su empedrado constituía por sí solo una obra maestra.

Habíase tenido sumo cuidado en conservar a la calle su joroba; nada de rampas sucesivas que disminuyeran la pendiente ni de adoquinado que rebajara las hinchazones del terreno. Los guijarros habían sido escogidos, al parecer, y estaban embutidos en la tierra con ese aire agresivo que tienen los vidrios hincados por los jardineros en las paredes bajas de las huertas. De trecho en trecho, y como al azar, resultaban calvas y calas que el agua convertía en ollas caprichosas o baches traidores. Era en todo semejante a uno de esos suelos de calles italianas vistos después de un terremoto. Algo cóncavo hacia sus vertientes se hinchaba grotescamente de improviso y trazaba un mapa diminuto de cuencas de río, divisorias de cordillera y sistemas de estribaciones rayadas por las líneas tortuosas de los afluentes. El piso ascendía siempre en forma de montaña rusa, y por la rara perspectiva de la calle, las abolladuras y las excrescencias o tumores no acusaban gran desnivel. Sólo caminando por ella debía dar el viandante cuenta cabal de que la ruta tenía mucho de artificio, y que únicamente destinándola para determinado objeto se permitiría, aun en el más abandonado villorrio, pasadizo tan peligroso.

El gentío se acomodó bien. Nada de esas improvisaciones tumultuarias que obligan a un despejo brusco para abrirse paso; nada de fluctuaciones escandalosas que producen la confusión, la desbandada y el abigarramiento; allí la muchedumbre sabía su misión, y no se hubieran situado mejor de conocer su puesto de antemano cada uno. Seguramente que eran muchos centenares los que durante una "ringlera" de años venían presenciando la escena en el mismo lugar. Impresionaba por eso. Había en aquella disciplina de no sobrepasar una línea ideal algo trágico; ni un niño fuera de ella, ni un retrasado que forzara las filas para colocarse violentamente en

el puesto usurpado. Por aquel embudo libre, por el regato aquel sinuoso y corcovado, no podía pasar una procesión, ni un regimiento, ni cabalgata alguna; el sitio hubiese sido lo de menos; nada más vulnerable y elástico que una multitud: se hiende, cede, vacila, se aplasta, no es capaz de evitar las filtraciones, se funde como se dispersa, se disgrega como se apelmaza; un regimiento o una procesión desfilan a través de las masas dilatándose sin esfuerzo aparente; allí era imposible, por allí sólo podía precipitarse alguna cosa desusada y espantable que tuviese la voluntad inexorable de un pedrusco desgarrado y la directriz comunicada por fuerza fantásticamente intelectual. ¡Quién, con humana cabeza, se hubiese arriesgado a correr por aquel pasillo macabro?

III

Con humana cabeza, claro que no; pero con cabeza española, al pelo. Poned a un ser de nuestra raza frente a un problema que tenga solución e invítadle a despejar la incógnita... ¡Ah! Esos son "quebraderos" que hacen doler la mollera; mas ponédle cara a cara de lo imposible, de lo inexplicable, de lo absurdo, y clavará el clavo con la cabeza y lo remachará, y el absurdo será vencido de éste o del otro mundo.

Y así sucedió. En la multitud sólo se define un movimiento con caracteres de fijeza: la impaciencia. Mientras yo me preguntaba qué iba a ocurrir, y aun sospechaba que nada deseable podía ser, dados los misteriosos preparativos, el gentío empujaba sus cabezas en una sola dirección y tenía en los rostros la avidez más franca. Los chiquillos se escurrían hasta los bordes de la valla humana y llamaban con sus manitas a la catástrofe, según me figuraba yo; uno de ellos avanzó el cuerpo hacia el claro macabro, y la gente lo increpó con espanto.

—¡Que vienen!

—¡El toro no será!—dije yo, alarmadísimo.

—El toro es el postre, amigo; ahora verá lo que viene.

—Pues caballos es una locura—añadí.

—Un jinete extremeño se mete en el ojo de una aguja, por riñones, y aún deja sitio para un compañero—afirmó él.

Y no había acabado el amigo de decirlo cuando sentí un ruido siniestro semejante a un buscapié de alaridos, gritos, voces, choques en los guijarros, algo así como el desgajamiento de una cosa veloz sin forma que pasó por donde yo creía que nada podía pasar. Mis ojos se enturbiaron un poco, y juzgo que me estremecí. La trepidación continuaba por el otro extremo de la calle, seguida del horroroso bullicio, cuando oí acercarse, cruzar, relampaguear otro o el mismo bulto informe entre una tempestad de indescriptibles acentos, en los que me parecía oír excitaciones, rabias, insultos, qué sé yo. El bulto fantasmal zigzagueaba entre la muchedumbre con insuperable dominio de sí mismo, evitaba el declive de los barrancos, las grietas de las zanjas, la trampa de los baches, el cepo de las trincheras; se hundía y saltaba azudado por el estruendo inenarrable que arrancaba a los guijarros, al eco

de las paredes, a la valla humana, que a su paso cedía en quiebros y repliegues monstruosos, chillando más fuerte al sentirse en peligro. No creo que desfile más veloz ante los ojos en un kaleidoscopio o linterna un caballo de carreras; pero en los hipódromos la estela es libre; la pista, amplísima y científica; el circuito, llano...

Se acercaba otro; quise cerciorarme bien, y miré, dispuesto a recoger fotográficamente sus movimientos. En vano. Vi no uno, sino tres sombras juntas, rapidísimas, una de las cuales parecía un caballo y otra un mozárron y otra una mujer con el cabello desgredado, a manera de gallardete. Dije:

—Me ha parecido ver una mujer, y eso es horroroso.

—Esas—me contestaron—montan mejor que ellos, son más atrevidas; el año pasado se mataron dos.

—Y este año, otra—rugí, tapándome los ojos para no verlo.

Por el pasadizo de la muerte, un caballo desbocado arrastraba a una mujer, y el jinete no podía refrenarle. Los gritos de horror encabritaban a la sudorosa bestia, desconcertándola más. Con sólo formar un muro ante el caballo se hubiera evitado la tragedia; pero a nadie se le ocurría, o eso estaba en el programa de diversiones que se habían trazado. El bruto de arriba detuvo al fin al bruto de abajo, no lejos del balcón donde yo presenciaba tan deliciosa escena. Era el jinete un joven montaraz enérgico, guapo, vestido de una manera pintoresca. Cuando logró detener al corcel lo castigó corajudo y encorajinado, acompañando a la acción las palabras más soeces. Revolviéndose sin cesar allí donde una persona en pie no se habría podido mover, llamó a su compañera, la ayudó a cabalgar de nuevo y se lanzó otra vez en desenfrenado galope, seguido de cerca por otro grupo de los que constituían aquel horrendo desfile. Oí:

—Llevaba sangre en la cara.

—Es castiza—añadió otro, diciendo su nombre.

—¡Bah! ¡Mientras no se caiga más que del caballo!... Otras caídas son peores y meten menos ruido—sentenció una grave señora.

Pasaban sin cesar, asustándome, como una visión incomprensible. Se les oía llegar antes de verles. Las pezuñas de los caballos al galope arrancaban a los guijarros, al pedernal, el característico ruido que siempre sorprende. El gentío les irritaba, y ellos se jugaban la vida a cara o cruz, sorteando peligros vivos, el obstáculo enorme de la calle, que constituía una serie larguísima, interminable, de dificultades pavorosas, como sucesión de tumbas abiertas para devorar tanta inconsciencia y locura. Y no queriendo vencer solos el peligro, se acompañaban de las mozas, para aumentarle en proporciones espantosas. Sus futuras mujeres, sus novias, allá iban en la grupa, arrastradas por la furia ancestral de una costumbre imbécil. Si morían..., "de alguna muerte tenían que morir"; si sobrevivían a la hecatombe retada, al luto provocado, ¿quién les quitaba del cuerpo el escalofrío de la victoria, el hormigueo de la sangre, la fiebre de la carrera, las cosquillas que hace en el cerebro la mano de la muerte al borde de

los precipicios, en el umbral de los abismos?

Al pasar, triunfando de los gritos de la muchedumbre, se oían agudísimos los alaridos de estas "walkyrias" plebeyas, tremolaban en el viento sus cabelleras lacias y lucientes como algas marinas, y los espectadores abrían los ojos para contemplar sus piernas gordezuelas, sus medias gruesas de lana o estambre en la presumidas, o si era posible, que si era, otras interioridades más sabrosas y más altas.

El crepúsculo, que es muy bello en estos parajes, iba tendiendo sobre la calle sus claroscuros deliciosos. Las pocas y raquílicas lamparillas eléctricas se encendieron.

—¿Esto continúa de noche?—pregunté azorado.

—Esto empieza ahora. Hasta ahora no...

¡Zas!... Lo que me presumía. El caballo se ha despanzurrado, aplastando a los jinetes y a la muchedumbre. Un torrente de gruñidos, blasfemias y gritos sale de la masa. Se revuelca el pobre animal, las patas al aire, buscando el equilibrio, y los caídos imploran la ayuda lamentablemente. Oigo sollozos. La gente abre paso a dos jovencitas, una de las cuales lleva sangre en los ojos y frente, va llorando, y la otra la increpa no sé qué descuidos. En algunos portales entran grupos numerosos: deben acompañar a los heridos. También oigo decir, cerca de mí, evangélicamente:

—Cuestión de árnica.

Al galope... ¡No faltaba más!... El vencido, al hoyo, y el vivo, al abismo. Se abalanza furioso, salta, gira, dobla, se hunde, resbala, vuela, deshace el grupo, y el nuevo héroe cae más allá para levantarse otra vez y darse una batacazo estrepitoso que repercute siniestramente en el callejón. No tienen tiempo de levantarse el caballero y su dama; uno, dos, dos más—como decía el vocero de la santa—cruzan, se mezclan, discuten, caracolean, se pretenden derribar unos a otros, quieren pasar todos a un tiempo, y la genticita toma voz en el ajo, y el lío es soberbio. Y menos mal que, realmente, es mucha su maestría en el manejo del caballo. Su férrea confianza en sí mismos los debe arrastrar a aventuras como ésta, sin fin práctico, sin otra grandeza que una apuesta de brutalidad máxima. Yo me pregunto: ¿cómo estos mozos tan audaces en la barbarie son luego tan timoratos como sacristanes o demandaderos de convento en la vida de la ciudad?

—Lo tienen en la sangre.

Cierto, amigo. Está en su sangre esa audacia vana que fuera un día tal vez germen de vida y embrión de la patria, y que se ha conservado íntegra al no ser sustituida por otra cosa. Mas ¿en qué se parecen éstos a aquellos laboriosos Vetones que encontrara por aquí Strabon, los cuales, viendo pasar por el Foro a los romanos, creían ingenuamente que eran gentes perdidas que no sabían encontrar su domicilio?

¡En la sangre..., en la sangre! Bien; dejemos ese problema y seamos "todo ojos". La calle ha tomado un aspecto espantoso; estoy por decir cruel. Se han acostumbrado a ver que la audacia vence los obstáculos, y exigen cada vez más

destreza a los jinetes, los que, sin acicate, corren más cada vez, más despreocupados. Parece que las tinieblas les dan un sombrío aliento y que la noche aviva sus energías. Apenas hay una ampollita de luz eléctrica cada cien metros, y la turba no teme ni se precave. Le agrada que salte sobre ella la garra del drama. Gusta emborracharse de emoción, salpicarse de sangre, sentir un ahogo cándido.

A medida que avanzan las sombras más inquietas están las turbas, más dichosamente sobresaltadas. ¿Qué esperarán? Los caballos parecen cabalgaduras de cosacos, por lo incansables. Son de una raza muy estimada aquí, aunque nadie se toma la molestia de perfeccionarla, aprovechando sus cualidades de resistencia y sobriedad. Les observo ahora, que pasan más frecuentemente, y noto que entre ellos los hay matalones, jacos derrengados, pobres bestias de carga, tiro y viaje, y que ahora se ven en trotes semejantes a los que estuvieran a punto de acabar con "Rocinante" en la tan saladísima aventura de los yangüeses.

—Parece que esa gente espera algo.

—Y tan algo.

—¿Más brutal aún que lo que estoy viendo?

—Espera los perros.

Contemplo la escena inolvidable. Al galope tendido rasgan el aire estos jinetes de pesadilla, sin romperse la crisma en las esquinas, levantándose si caen, sin que nadie proteste si es herido, felices hasta el embrutecimiento. ¿Qué talento pictórico no se necesitaría para dar la sensación justa de este espectáculo único: el crepúsculo llevándose la luz de los guijarros, borrándola suavemente de las paredes, tornándola bermeja en los tejados y anegando en sombra a la multitud, que por grados es más muchedumbre, más anodina, más semejante a una mancha parda de aquellas de nuestro Goya en sus "caprichos", de Lucas en sus "fantasías"?

Ladran desafortadamente los perros. ¿Qué pasa? Pues pasa que eran pocos los obstáculos, y se oponen a los jinetes enloquecidos perros domésticos, perros vulgares, sin amaestrar, pero que no ignoran que todos los años tienen la sagrada misión de ladrar en tal noche como hoy, y como un perro que tiene una misión la cumple, ahí los tenéis ladrando rabiosamente en las patas de los caballos, entorpeciendo su marcha en las tinieblas, corriendo cerca de ellos y siendo el encanto del pueblo. Son muchos, incontables. El perro tiene en sus expansiones algo de niño suelto, su ansia de meter ruido, de huronear, de mentirse con juegos audaces sueños de hembra y de revancha. Es, además, terco, y con facilidad se vuelve feroz, cualquiera que sea su raza. Le encanta correr, vencer en la carrera, y se desespera no venciendo; cuando pierde es traidor y ataca interponiéndose; entonces ladra y muere.

Los perros hicieron su efecto. Veíaseles entorpecer la marcha fulminante de los agrestes centauros; arrojábanse a los hocicos de los caballos, ladraban furiosos, saltando como si quisieran agarrarse a los lomos o a los pechos de los corceles. Muchos de éstos detenían su

marcha; otros, vacilantes, pretendían esquivarlos con movimientos torpes, que la multitud protestaba al verse pisoteada y oprimida. Su ladrido, el griterío de las turbas, las sombras de la noche, el galope fiero de los caballos, los espontáneos ayes de los que se juzgaban al borde de un peligro, los rugidos de los jinetes, que el viento rompía en jirones y conservaba en el aire con vibraciones agudas. Todo eso y más que es indescriptible formaba un tenebroso conjunto sin grandeza, pero con exposición de muchas almas, con posibilidades temerosas de muerte soez.

¿Qué diría la buena patrona de Arroyo del Puerto? Seguramente que era un modo de celebrar su fiesta muy oriental. Las buenas almas aquellas buscaban el modo de estropearse en honor de su santa. ¡Qué varonil dar la vuelta a las dos plazas, galopar calle tras calle con la chica a la grupa, más muerta que viva y agarrada a la cintura, y oír este elogio!:

—¿Qué?... ¿Aún no te has estrellao los sesos?

Pues y la alegría de contestar un:

—¡Hasta que me los rompa no he de parar!

Había en aquel incesante e inagotable coso rojo un encanto singular. Ser extranjero y tener la suerte de presenciar semejante algarada, ¿qué mayor alegría?... ¿A cuántas descripciones maravillosas no se prestaba, qué páginas deslumbradoras no podrían escribirse sobre aquellos mozos inconscientes que, arrebatados por su sangre, llena de atavismos y de "pasos atrás", se arrojaban, como el héroe legendario de Malta, al precipicio, los ojos vendados para no retroceder?... Mas la verdad era que aquella costumbre no prohibida rasgo muy triste y enojoso era para quien había necesariamente de convivir con hombres que sólo se sentían enérgicos en la barbaridad, en el absurdo, cuando quién sabe qué misterios de raza encendía en su sangre viejos fuegos de ira, de rabia de los bosques, de baba celta...

Ignoro si yo meditaba en cosas parecidas; lo que sí recuerdo es que, pensando en algo muy triste, oí unos cencerros.

—Es lástima que se acabe esto—dijo uno a mi lado.

—Tiene sabor—añadió otro—; son costumbres bárbaras, pero preferibles a la fiotez de los festejos y las "kermesses" de hoy.

—¿De modo que se lastiman porque esto se acaba?

—Fiestas como las que acaba de ver vigorizan, refrescan la sangre, hacen recordar a los abuelos..., ¡aquellos abuelos!...

Uno de ellos dijo:

—Antes eran más machunas. Empezaban con el aguardiente, con el "matabichos" y los cohombres o churros o tejerings. Se llevaba una pica en la mano para los perros, y cuando se ensartaba uno de ellos goteaba la sangre... Esto era muy gracioso... y difícil... Porque pinchar no costaba trabajo; pero meter la pica y clavar al can..., eso lo hacían pocos...; había que hacerlo corriendo al galope y con la muñeca—la moza—a cuestras.

De nuevo oí los cencerros. La gente,

no obstante, permanecía quieta. Encontraba el acto tan de su gusto, que no se resignaba a esperar la cabalgata fulgurante del año que viene. Si hubiera habido en la fiesta un presidente, como en las corridas de toros, sin duda que pediría más caballos, más fiesta, una prolongación de tanta felicidad.

—¿Corren ahora el toro?—pregunté.

—No—me respondieron—; antes hay que cerrar las calles. Esos cencerros son el único aviso. Y se cierran las calles para que nadie salga ni entre esta noche. Se da suelta al toro, y el toro anda de la ceca a la meca por el pueblo, sin poder él salir tampoco. Esta noche él es el sereno... ¡el amo!...

Me quedé convertido en estatua de sal. Recordé aquella "Crónica de España", de Ocampo (1), en la que se da cuenta de una batalla ocurrida entre campesinos de estas tierras, allá por el "año de cuatrocientos treinta y uno antes del advenimiento de Nuestro Señor Dios", la que "duró todo un día desde la mañana hasta la noche, con increíble derramamiento de sangre, sin que por aquel tiempo nadie de ellos alcanzase muestra de victoria, mas de morir y pelear rabiosamente. Tiénesse por cierto que si la noche no llegara, muy pocos quedarían de los unos y de los otros, según estuvieron porfiados y duros en la afrenta. Cuando la mortandad andaba más recia sobrevino gran lluvia del cielo, con truenos y relámpagos espantosos, y poco después cayeron tres rayos encendidos, y nada bastó para les departir. Fueron tantos los muertos, que si los números o letras de cuenta no van errados, pasaban de ochenta mil entre hombres y mujeres; de las cuales mujeres afirman haber estado muchas en la batalla con armas animando cada cual a los de su parte y peleando juntamente con ellos".

Como veis, ¿era de extrañar que dejaran libre a un toro y en condiciones tales que nadie pudiera salir de la casa sin el placer de encontrarse cara a cara con el animal acorralado y enfurecido?

—Nadie se atreverá a salir.

—Hubo un tiempo en que nadie salía.

—¿En qué época?

—No hace mucho. Como dejaban encendida la luz, no salía nadie, y la gente se contentaba con ver al toro desde los balcones o las rejas. Pero ya apagan la luz.

—¿Que apagan la luz!...

—Sí, alma de Dios, apagan la luz, y nadie se acuesta.

—¿Pero si en estos días no hay luna!

—Pues por eso, porque no hay luz de luna ni de la otra y hay que meterse en los portales para encender el cigarro. Esta noche no se puede hacer luz en ningún lado, y para entrar en las tabernas hay que verificarlo por los portales. Todos los portales se dejan abiertos... Ya lo verá.

—¿Y si el toro entra en ellos?

—Pues eso es lo que se busca, que entre. Entonces comienzan a gritar las mujeres de la casa y los vecinos, y todo el mundo acude. No se puede imaginar nadie qué cosquilleo se siente al andar por las sombras en busca del toro. Muchas veces el toro es quien lo huele a

uno, y viene por detrás cuando se le creía por delante.

—Ocurrirán cosas espantosas.

—¡Ca! Lo que ocurre es que se ríe uno la mar, porque como esta noche salen los caballistas, muchas veces se confunden los caballos con el toro, y otras, los jinetes toman por toro a un mozo. Además, los valientes comen esta noche en la calle.

—Siempre habrá heridos.

—Siempre los hay, y muertos también. Cuando se anda por ahí se suelen oír lamentos, y la gente busca hasta que encuentra al que se dejó coger, si el toro lo permite y no se resabía en él y le hace pagar la mala noche.

Salí aquella noche. En los portales había formados grupos, y los mozos más audaces vigilaban en las esquinas. Las tinieblas eran densas, y en el cielo no había resplandor alguno. Aunque el toro llevaba un cencerro, la preocupación y las sombras hacían ver a la imaginación toros terribles en cualquier parte. Los muchachos esgrimían hondas o probaban en las piedras las estacas. Se oían silbidos larguísimos producidos con cuatro dedos puestos diestramente entre el cielo de la boca y la lengua. Una vez me dijeron:

—Si oye el cencerro, no escape, porque muchos graciosos salen esta noche con cencerros al cuello, aunque debían estar escarmentados, pues cuando se les encuentra los mofamos a palos.

Recorrimos en comparsa algunas calles. En todas había la misma ansiedad, una excitación nerviosa que conmovía al vecindario como fuerte esperanza de ver algo "gordo". El toro podía echarse encima de pronto, y era necesario avisarse; según ellos, los ojos de los toros ven en las sombras. En una puerta encontré un grupo curioso: tocaban la guitarra, alguno de ellos danzaba entre palmas y todos tenían un ardiente deseo de que el toro les sorprendiera en tan castiza e interesante operación.

—Lo que pasa—oí—es que en muchas calles no dejan salir al toro una vez que ha entrado, y se eterniza allí.

Por fin pude sospecharle. Le precedía un indescriptible ruido de mozos en huida, de rastrillos de hondas que vibraban en el aire, de ayes fingidos o verdaderos, de "silencios" pavorosos, en los que creíamos escuchar elrotecillo típico del toro y algún quejido de callejuela del siglo XVI en Alcalá de Henares o el barrio madrileño de la Morería. Se llamaba al toro desde muchos lados, como si le tuvieran delante. Nada se veía, y esto era lo que daba a la fiesta su "ajo arriero". En la oscuridad más completa, aquella manera ruda de jugar con la muerte conmovía las entrañas. Producía miedo y pena el representarse las arrobadas de "higados" y de inconsciencia que significaba todo aquello. Las mismas mujeres llevaban cuanto más lejos podían su audacia por gozar de la emoción acariciada de verse ante el toro y correr y gritar. Nadie las invitaba a resguardarse. En numerosos zaguanes se agrupaban con actitudes y posturas de pintoresca curiosidad; a veces, una matrona con más hijos que años se arriesgaba en plena calle para darse el gusto de volver a los soportales—la barrera—corriendo y gritando que se "las pelaba".

Las noticias falsas circulaban, haciendo honor a la inventiva de la gente. En tal sitio, el toro había entrado en la taberna, no dejando cacharro sano; en cual lugar, un hombre sorprendido fué hecho polvo... Esas mentiras, en aquellas circunstancias, podían ser verdad, y como buena moneda se tomaban, aumentando el placer de la zozobra.

Los caballistas galopaban con frecuencia, la pica en ristre; se oían acercarse los cascos del caballo, y sólo el ruido de sus herraduras ponía en fuga precipitada a todo el mundo. Iban en busca del novillo con un temor inmenso de encontrarle, deteniéndose a cada momento para lucir su arrogancia de piqueros andaluces en la pregunta sencilla, pero que pocos se hubieran atrevido a hacerla:

—¿Habéis visto por dónde anda el toro?

Y por no decir que no, se le daba una dirección caprichosa; el gañán montado se despeñaba por la falsa ruta indicada.

Al fin me pareció que llegaba el toro. En la esquina, donde mirábamos con la escama y la ansiedad de defensores de barricada, oímos un jaleo tremendo; después se acercaron, "perdiendo el culo", unos mozarrones, los que, medio ahogados de emoción, gruñeron:

—¡Viene el toro persiguiendo a un garrochista!...

Pusimos atención. Aunque así no fuera, creíamos escuchar los cascos del caballo, en huida temerosa, resonando sobre los guijarros. De pronto, un lagartón de aquellos rugió:

—¡Ya está ahí!...

Y que era "más verdad que Dios". A nadie le ocurrió el quedarse allí, y todos escaparon, pero no tan de prisa que el caballo y el toro no se precipitaran detrás, pisando nuestros talones, como dicen en los partes de guerra los vencedores. Apenas hubo tiempo de sepultarse en los portales y cerrar las cancelas o verjas. El toro pasó, y el caballo, sintiéndole ya muy cerca, hizo uno de esos movimientos incontrastables al mejor jinete: cejó sobre sus patas traseras, la cabeza erguida y medrosa, corcovando, transido de furia y buscando la defensa en un desconcertado braceo. El toro le acometió cerca de la pared. En incierto claroscuro vimos el drama, un bonito aguafuerte. Figúraos en la sombra el toro rabioso, un caballo enloquecido por el miedo, gente en los balcones que no se distingue, pero cuyas voces de espanto se oyen, y la del garrochista, que al caer ruge feroz un siniestro y retumbante:

—¡Maldita sea tu madre, ladrón!

El toro escapa. Acudimos. El hombre no tiene otra herida que el temblor de nervios más grande que haya sufrido cristiano alguno desde la invasión de los bárbaros "hasta nuestros civilizados días". Parece que le ha dado el baile de San Vito o que le picó la tarántula de Osuna. Se palpa, quiere encender luz para verse, y de un manotazo le arrojan lejos la caja-vagón de sus cerillas o película de mixtos con este sano e instructivo epifonema:

—¡Aquí no enciende luz ni Dios!

—Pero si estoy echando sangre...

—Aunque estés echando la asadura.

Felizmente, quien la arroja es el caballo, que patatea recostado en la pared.

(1) "Crónica de España". Capítulo XII.

Y Mañana, cuando salga el sol, se harán los honores a este caballo. Y siempre habrá en el grupo alguien que diga con pudibunda oficiosidad:

—¡Pues si no acude al quite la santa patrona, el jinete se la gana!

Y la santa patrona tendrá el año que viene a su saldo un milagro más, y confiados en tan santa omnipotencia, los mozos cometerán barbaridades que desafien su celeste "patrocinio", seguros, en su brutalidad, de la altísima influencia de su "señora".

Capea jocosa en Segurilla

"El suprimirlos no era para mí a solas."

"Mas luego allí propuse con toda determinación, de nunca verlos en mi vida; ni ser en que se corran."

(Admirables frases de Isabel I la Católica sobre las corridas de toros.)

I

Para ir a Segurilla, como para ir a cualquier parte, hay muchos caminos; pero si alguna vez tenéis necesidad de marchar allá, escoged sin vacilaciones el de Talavera de la Reina. Es el más largo; mas así como con buena charla y mejores tragos de vino "se anda en volandas el camino", del mismo modo, si os detenéis en Talavera nada iréis perdiendo, pues hay en las riberas del Tajo un santuario del que Felipe II—que en esto de iglesias era un limce, y hasta un Argos—solía decir que juzgaba por "la reina de las ermitas".

Malas, pero muy españolas, manos levantaron junto a la famosa ermita una enorme y destartalada plaza de toros, cuyos tendidos se apoyaron en las paredes maestras con sacrílego descaro. Mas a pesar de tamaño repugnante berruga, Nuestra Señora del Prado atesora joyas de tan subido valor, que debéis visitarla, tengáis o no prisa, y no dudo que saldréis extasiados y con fuerzas más que suficientes para llegar a la célebre aldea de Segurilla.

Esas joyas, amigos queridos, son viejos recuerdos de raza, de aquellos recuerdos que nos hicieron muy grandes y que por otros ridículos embelecios hemos olvidado, mereciendo el bajar a puntapiés los peldaños de la escalera áurea de nuestro poderío. Son azulejos, cerámica maravillosa, de tan gran hermosura y subido valor artístico, que podéis colocarla no muy lejos de las lozas de Lambeth, las vajillas de Fulham, las porcelanas de Bayreuth, las manufacturas de Alcora, Wedgwood y el Retiro. Los alfareros de Talavera realizaron en aquella iglesia un portentoso esfuerzo; por fuera, en las tres naves, en el retablo de San Antón, en el púlpito del crucero, en la sacristía, se agotó aquel arte viril, de unos dibujos que viven, de una técnica macho que saca en poderoso relieve el matiz, y con trazos de sobriedad asombrosa os dice asuntos que son hoy nuestra alegría y nuestro consuelo. Sol-

tura, valentía, gracia y vida hay en ellos; precisamente lo que nos falta... ¡Oh, aquel magnífico cuadro de la puerta del Norte, con su jarrón de flores de lis sostenido por ángeles, la corona real de España y una culebra al pie que parece nuestro espíritu actual, asustadizo, repugnante y tortuoso!... De Mansilla, o de quien sea, toda Talavera no vale lo que esas piezas, y sólo por verlas bien merece que resistáis el asco de aquella plaza de toros aneja al templo y que paséis por aquí en vez de ir al Puente del Arzobispo.

Segurilla es un pueblo toledano dos veces: la primera, porque está en tierras de Toledo, y la segunda, porque tiene el encanto de una noche toledana. Tal y como lo describió el moro Rasís está aún, y estará el día del Juicio. El Arcipreste de Toledo Julián Pérez, coetáneo de Alfonso VI de Castilla, lo hallaría aún como lo vió y lo muestra en su obra "De Eremitoris Hispanis brevis descriptio". Lo delicioso de nuestras ciudades consiste en que mientras pierden las excelencias de su viejo temperamento, emporcándolas con la importación de extrañas necedades, conservan inmutable el casco de la villa, el solar primitivo, con su cementerio entre dos casas o en las parroquias, con sus barrios divididos invariablemente en dos bandos, odios de taifas que echan abajo unos lo que otros construyeron o lo intentaron. Así resulta que están siempre entre el pasado y el porvenir, siendo su presente como un perenne tránsito de avutardas de mayo.

Con poco que sepáis de historia patria me daréis la razón; pero cuando se tiene razón no importa mucho que los demás nos la den. Hay que ponerse muy serio en este pícaro mundo para decir las más simples verdades, pues nada hay más difícil, aunque no lo parezca, que el imponer una idea o cosa ciertas, y lo seguro es no andar con zalamerías o sahumeros. Ciudad española en la que no haya dos bandos, en la que un pedazo no tire del otro, en la que su mitad "pueda existir jamás, pues hoy no existe, y asuntos son éstos que no se improvisan o surgen como esporos. Las haya o no, que lo dudo, el caso es que Segurilla hacía honor a esa teoría mía, a cuyos postulados y escolios han de ir a parar aquellos ingenios que quieren trazar la necesaria y aún no descrita psicología de la raza.

Llegada la feria, y con ella unas ganas muy grandes de divertirse, la gente trabajadora echóse a la calle, arrojando esas famosas "canillas" al aire que nos han dejado sin pelo. Y como lo primero de que se cuidan los alcaldes al llegar las ferias es de concentrar cuantos números de la Guardia civil pueden—medida muy prudente, que revela la facilidad con que nuestra alegría se torna en pujos agresivos—, a la feria vinieron unas parejas, no muchas, porque aun siendo en número de veinte o veintiuno los tercios, no da abasto la benemérita tarea para contener el fuego que arde en las venas de España (1).

¡Oh, la feria!... ¡Sabéis de una feria

(1) La concentración de la Guardia civil los días de corrida, novilladas y capeas cuesta al Estado muchos millones anuales.

que no se parezca a otra? Los mismos puestos ambulantes, con sus mismos honradísimos dueños, con sus mismas provisiones—según parece a simple vista—o una idéntica renovación de las mercancías que tuvieron la no poca fortuna de vender; los mismos oficios religiosos, con procesiones que sacan siempre los mismos santos y marchan invariablemente por las mismas calles y dan el mismo número de pasos y llevan los cirios mismos; los mismos actos en el Ayuntamiento o Casas Consistoriales, donde el mismo concejal con las mismas palabras expone las mismas ideas que se le ocurrieron a todos los concejales que por tan delicada misión pasaron; los mismos concurrentes, visitantes o forasteros, sin que haya uno más o venga uno menos; los mismos accidentes o sucesos extraordinarios casi a las mismas horas y por motivos similares; todo tan bien organizado por la costumbre inveterada, por los hábitos perdidos en la consabida "noche de los tiempos", que cada cosa se va a su sitio por sí sola y se coloca sin ayuda de nadie, como esas escenas que se rien en los cinematógrafos cuando un cuchillo parte solito el salchichón, que a su vez pone voluntariamente su rollo lomo en el agudo filo, mientras las redondas lonchas se alinean "cocinelescamente" en un plato que saltó de la alacena a recogerlas con matemática oportunidad.

Y tan cierto es esto, queridísimos lectores, que si vais a las fondas veis los mismos tipos y os sirven parecidos platos a los que el año anterior comisteis, si es que, por buena ventura, no son los mismos. Allí está el sacerdote del pasado año, el bonísimo padre Torralba, del convento de Santa Catalina de los Jerónimos, que viene a predicar el mismo sermón, con la ayuda del Señor, que ha predicado siempre, y los dos comisionistas o corredores de comercio, señor Antón y señor Juan, que traen las mismas novedades en sus maletas y las mismas discusiones sobre toros en la boca, y el mismo acaparador de cereales y no de Ceres, señor Alonso, que se llevará, como todos los años, todo lo que pueda y nada más, porque no habrá nada más que todos los años, y el mismo contratista de juego en el casino, que trae las mismas fichas y los mismos naipes e idéntica fianza y encontrará los mismos "puntos" que con toda legalidad desvalijara el año de gracia anterior. Y si de la fonda pasáis al "real" de la feria, veréis, si tenéis ojos, las mismas casetas; tiros al blanco con los mismos cascarones de huevos que por casualidad rompisteis, con las mismas escopetas de precisión que probasteis la vez pasada, sin que pudierais precisar otra cosa con ellas que lo precisamente bastante para no dudar de la "pupila" del dueño; caballos del tío-vivo que dan las mismas vueltas y producen a las criaturas mareos semejantes; columpios automáticos con los mismos motores de siempre, que por un ingenioso sistema son los mismos papanatas que los tripulantes. Y en el cerrado, o campo de ganados, estarán en sus sitios de costumbre los mismos animales o tan parecidos como si lo fueran, que ya se encargan los gitanos de que lo sean y de arreglarlos para que lo parezcan si no lo son.

Sólo una cosa no es lo mismo: la capea.

¿Por qué? ¡Oh, si yo lo supiera, qué salto daba!... ¿Por qué los hombres aguzan más sus facultades creadoras cuando se trata de hacer daño a sus semejantes? ¿Por qué se ha de perfeccionar tanto el tiro rápido de un cañón monstruoso y el explosivo del proyectil que su solución es un prodigio de genio? ¿Es porque el mal inspira con más fuerza que el bien? ¿Consiste en que nuestro pensamiento es una fuerza, y como fuerza sólo se desarrolla en el sentido de proyección, violencia y movimiento?

Uno de los viejos y manoseados argumentos de los defensores de las corridas de toros es que no hay toro que ejecute una misma lidia que otro toro. Y ello es una verdad de a libra. Contentaos, pues, con ese argumento manido y resobado, ya que no hay otro. Pero si no hay toro con el alma igual a la de otro toro, estad seguros que no hay capea igual a otra capea ni diversiones en ellas semejantes. No sé qué endiablada inventiva tienen los pueblos en su concepción y desarrollo, que con el pie forzado de un torillo o una vaca o un buey traman sáinetes, epopeyas, comedias y domaires admirables por la novedad. No progresan en ningún sentido; estrujan su cañete para avanzar como ciudadanos u hombres, y no dan un paso; mas nombra dles organizadores de una lidia, y el Espíritu Santo alumbrará aquellos cerebros-desvanes, donde las ideas habitan por neuronas telas de araña.

Cualquiera que tenga su dosis de "sentido común" correspondiente donde Broussais, el gran discípulo de Gall, lo colocaba—en la casilla doce—alcanza la razón por la cual las capeas son elemento necesario de toda feria. En las capitales de provincia se votan pingües subvenciones para la celebración de corridas llamadas "formales" con el sano y provincial objeto de atraer forasteros—lo que, dicho sea aparte y con todos los respetos, acusa una impotencia para descubrir otros medios que los atraigan—. En los pueblos, villas, villorrios y feudos de señores, las capeas llenan el mismo "vacío". ¿Cómo y por qué temerosas razones habían de visitarse esos pueblos nuestros que tan desesperadamente se odian o se envidian o se envidian y se odian? ¿Cuál había de ser el motivo transcendental que moviera al pueblo o villa nuestros a gastar un céntimo en la villa o pueblo vecinos, así fuera la "reprise"—y perdóneme Dios si lee esto—del nacimiento de su divino Hijo en algún Belén español y con todos los cantares y requilorios, de ángeles, magos y estrellas de rabo que tiene la magna obra?... ¿Hay alegría en nuestra salada y femenina patria comparable a la que se experimenta en un villorrio de cuatro casas y un gato cuando se "runrunea" por el Consejo que en el otro "lugar" vecino, de menos casas y de medio gato, la viruela o el cólera no ha dejado títere con cabeza?

Por eso y nada más, y si hay algo más honradamente confieso que lo ignoro, las capeas son los sucesos únicamente dignos de mención en las crónicas de nuestras ciudades menores de edad y de poco discernimiento. Ellas acusan el grado de mentalidad alcanzado cada paso de tres-

cientos sesenta y cinco días los no bisietos; ellas son el aparato que revela cuánta es la fiebre o la fuerza de la circulación por las arterias del alma de la ciudad; ellas son, en una palabra, el único día que merece la pena de ser vivido en tan aburridos y eternamente mustios pueblos. Podéis suspender por riñones la fiesta religiosa de la patrona, la procesión; emplear la cera en algo más luminoso, impedir el sermón de algún padre Torralba, despotricar contra todo esto en el altar mayor... Eso..., por riñones..., entra "dentro de lo posible", aunque, como veis, no es un grano de anís; pero sentíos macho y anunciad que no hay capea en el año aquel, dad un quintal de razones, exhibid la orden tajante y cantante del respectivo gobernador, hablad con lágrimas en la voz al celeberrimo "corazón" de las muchedumbres..., y estad ciertos de que hay capea "manque" el cielo se hunda.

Y hay capea porque lo quieren los dos bandos, porque es el único acto que pone de acuerdo a las dos mitades y a sus caciques, porque en esa capea toman ellos el fluido en corriente abundantísima para seguir odiándose el resto del año, porque hay plétora de barbaridades en el pecho, en el ambiente, y si no se las abre cauce estallarían, arrastrándolo todo...

¿Qué sumas de inteligencias no se ponen en movimiento para bien preparar una capea!... Hay que improvisarlo todo; lo del año anterior no sirve; el toro tiene que ser un toro, lo cual es más difícil de lo que a primera vista parece, a causa del gigantesco consumo de ellos que se hace en las ciudades, y como tiene que ser un "señor toro", hay que delegar facultades en un profesional, que cuesta un ojo de la cara, y luego hay que disponer el espectáculo en la plaza de la Constitución misma, para hacer las barbaridades sobre la misma Constitución, porque si no, maldita la gracia que tendría, y después hay que reírse del Código, del juez, del cura si es listo, del alcalde si se hace el tonto, del gobernador, del ministro... (1).

Y la capea se verifica.

II

En toda capea hay oculto cierto deseo colectivo de hacer algo que supere a lo

(1) Las capeas se celebran todavía. Suprimidas enérgicamente, a lo español; es decir, sin suprimir la fiesta en el corazón del pueblo y por sólo la eficacia de una real orden, los pueblos—fértiles en recursos—han ideado una justificación legal. Consiste ésta en escriturar a un maletilla cualquiera o novillero, y so pretexto de una corrida formal hacen lo mismo que antes o peor. El gobernador lo sabe, pero como es costumbre de todas nuestras autoridades, lo que busca es una apariencia que le aleje las responsabilidades a que haya lugar. Más quieren ellas que el pueblo se embrutezca y barbarice que los guardias civiles tengan, con sus máuseres, que arreglar el orden.

Como dato muy interesante, ponemos aquí la copia de un modelo de circular que a millares y de millares de "apoderados" cursan por los 9.261 Municipios de España:

"Señor (o excelentísimo señor) alcalde de X.—Fulano de Tal (aquí el nombre del diestro, un nombre sin "nombre") me ha confiado su apoderación, y yo tengo el honor, inmerecido por mi parte, de comunicarlo a V. E., pues mi poderdante es un muchacho agraciado, valiente, que sabe mucho

realizado en las capeas anteriores y sea a la vez edificación y modelo de los pueblos vecinos para cuando lleguen sus ferias respectivas tengan que sudar a chorros si es que pretenden superarlos, que siempre quieren.

Y a veces es difícil; pero cuánta no será la voluntad que en ello ponen, que siempre lo consiguen. Las turbas, intrigadas, se preguntan: ¿Qué sucederá en los toros?... Los forasteros acuden pensando: ¡Veremos qué baladronadas se les han ocurrido hogaño a estos "berzotas"!...

En las capeas se increpan los pueblos, como en las paredes de los monumentos célebres se insultan las naciones. Cuando en los pueblos comarcanos se fijan los carteles de la fiesta, los labriegos forman grupos pintorescos y hablan en un lenguaje cuyo espíritu no sería extraño a un túrdulo, o un váceo, o un asthur—"Asthur, scrutator pallidus auri", dice Lucano—de aquellos que para asustar se pintaban, según Silio Itálico, la cara con bermellón y labraban la tierra con laya.

No se describen en el "Itinerario", de Antonino Pío, ni en el "Rerum Geographiarum", de Strabon, razas tan feroces ni recintos tan independientes como los que hoy existen.

—Oye, tú, ¿vas a ver lo de Segurilla?

—¿A verlo?... ¡Y a meterme en el ajo!... A esos "lechuzos" hay que demostrarles... que nos sobran... gallos.

Y hay que demostrar a esos "lechuzos" que es peliagudo el querer un pueblo "echar la pata encima" a otro pueblo.

Por el camino venían los mozos. Forrados por el sol y una férrea voluntad de vivir; seleccionados a mazazos por la absurda miseria endémica de nuestras aldeas; con sus caras cetrinas, duras y magras, en las que cien razas habían puesto sus rasgos distintivos, negándose a fundirse, como si todavía aquellas razas se rebelaran y batallasen en el rostro; con sus arrugas momificadas y callosas; el vello áspero de los jabalíes, sin bigote ni barba, pero con los pelos cerdunos a manera de una lija negruzca pegada a las mejillas para asustar a los asthures, o como aquellos carpetanos "ferocísimos en sus luchas" de que habla Tito Livio. Venían con sus "viejos" de aspecto inmortal, músculos plegados de manera inverosímil, como si estuvie-

de la afición que cultiva, y que habiendo alternado con otros de más antigua historia en la profesión, casi siempre han merecido sus faenas muy favorables juicios del público y de la Prensa, especialmente en la taurina, que ha publicado reseñas encomiásticas de sus trabajos en cuantos pueblos ha creado. Con su aplaudida labor se compagina su modestia personal, y en el orden económico, como trabaja más para llegar que para ganar, me tiene autorizado para hacer los ajustes en condiciones muy favorables a los señores alcaldes y empresas. Espero de su amabilidad que tomará nota preferente de mi oferta y que sabrá utilizarla a tiempo, en cuyo caso puede dirigirme la correspondencia a esta su casa (aquí las señas, que siempre son en Madrid, lo cual es curiosísimo). Con tal motivo, en nombre de mi representado y en el propio, doy a V. E. gracias anticipadas, ofreciéndome suyo, X mas X."

Y con objeto de aprovechar la otra cara, y con una "pupila" admirable, hay en ella copiado un "Modelo de la hoja de gastos para una corrida".

Por su parte, los alcaldes no se andan en

ran hechos con cartón-piedra o pastas de las que hoy se fabrica el papel de estraza, o mixturas de las resinas alemanas. Venían con sus hembras, rollizas mujeres de cuerpo abundante y cara curtida, descritas admirablemente en la "Historia inédita de Talavera", por el padre Andrés de Torrejón, que decía de ellas: "Beben el agua en las vasijas y se comen luego el barro en que están hechas". Y con ellos, sus asnillos de piel de España, gris, ceniza, resistente como traje de pordiosero, color de tierra sin arar, triste piel de color de "medio ambiente". Y con sus asnillos, sus hijos, cachorros de leones enanos, medio moros, medio macacos, hombres antes de ser niños, pequeños diablos semejantes a los que los alfareros de la tierra pintaban con las manos en los bordes de los tazones usados por las frailes jerónimos para que el lego de las bodegas se los lle-

barra, y se ha dado un curioso y trascendental caso, que copio de la Prensa, para que se vean los derroteros que la "fiesta nacional" va tomando en nuestra pobre España. Se trata de un certificado de aptitud extendido en regla, y al que sólo falta el sello y firma del párroco. Callamos nombres, como es de rigor, y transcribimos sin quitar punto ni coma:

"Don ... (aquí el nombre del alcalde), alcalde constitucional del excelentísimo Ayuntamiento de X, y como tal, presidente de la corrida de novillos celebrada en esta villa el tal de los corrientes,

"Certifico: Que el diestro Z el H estuvo superior en el primer novillo, siendo muerto de una estocada bien marcada y descabello del primer intento, y en su segundo, regular nada más, siéndole concedida la oreja a petición unánime del culto público.

"El otro diestro, H el Z, estuvo fatal en su primer novillo, siendo cogido cinco veces que intentó, sin efecto, matar, siendo retirado a la enfermería y el novillo al corral. El segundo se negó a matarlo, bajo el pretexto de hallarse lesionado, lo cual no era cierto, según certificación facultativa.

"Y para que conste expido la presente en (tal sitio).—Fecha.—Firma.—Hay un sello."

El ministro de la Gobernación dirigió, en vista de ese documento, la no menos histórica circular, que copiamos, a los gobernadores:

"Por referencias autorizadas que a mí llegan, aparte las noticias que la Prensa pública (la Prensa siempre está "aparte" para estas autoridades), parece evidente que varios alcaldes de distintas provincias se han creído en el caso de dar certificados de aptitud a novilleros que han actuado en los pueblos respectivos, llegando algunos hasta censurar de oficio la labor de otros de los que en la localidad actuaron, con olvido de que la representación que en ellos reside resulta, por consecuencia de declaraciones tales, sin el prestigio y autoridad que en todo instante deben ostentar. Sirvase V. S. llamar la atención de los alcaldes de la provincia para que el hecho no se repita, ya que es contrario a los preceptos de la ley Municipal y a la seriedad de las funciones que les están confiadas. Sirvase V. S. acusar recibo de esta circular. Le saludo afectuosamente."

Continuamente esa Prensa está dando noticias de capeas celebradas sin permiso y anotando la víctimas, que son muchas, y de cogidas, todas gravísimas, por las circunstancias en que se celebran. Asimismo, estas capeas tienen sobre sí el crimen de tantos niños y adolescentes que mueren víctimas del tren al viajar sin billete y en los topes o estribos de los trenes, dándose el caso de que esos niños, si fuesen consultados por las autoridades, como han sido interrogados por mí, les dirían dónde, cuándo y cómo se celebran estas estúpidas fiestas de muerte y de barbarie.

Y entretanto, nadie quiere poner freno a estas fiestas, ni se atreve. Mientras en un precioso libro instructivo, "Flora o La educación de una niña" (edición 1909), la señora Pilar Pascual de Sanjuán anatematiza estas fiestas con palabras ungidas de amor y verdad, un académico de la Real de Cien-

nara hasta ahogarlos en el espeso mosto de las vides de Criptana (1).

Rien poco. En su cara reflejan una eterna preocupación. Sobrios por necesidad y por ignorancia, cautos y desconfiados por miseria mental, ahorran gestos y palabras, si pueden, como monedas. Dependen de las nubes, son unos extraños hijos del viento y de la estepa, no corren nunca si no es para perseguir, en sus modales agrios y tardos excusan fuerza aunque la poseen y reservan cuidadosamente la intención. Conocen su patria por los hechos heroicos, y arrastrados de la escuela por las labores de cada estación, han llevado consigo en la memoria jirones de batallas, largas momenclaturas de reyes de cuyo nombre la última sílaba es siempre la primera del que sigue. Las contribuciones, cuya inversión mala descuentan; la justicia, que por no creer en ella temen; la parroquia, por cuyo campanario sube el ascensor eternamente cargado de preces y de ofrendas, sin que una sola vez lo hayan visto descender con bienes positivos; los ejecutores del Estado, que pasan como la muerte, a caballo y haciendo daño; los "papeles", que leen en corro y a cuyo sonsonete se duermen o bostezan; su salud, que les niega la visión interior y los misteriosos venenos ancestrales que lleva su sangre, les sumen en el cansancio moral que expresa tan bien su cara cenecía, en la fatiga agreste de sus ojos, que si os miran humildes os contemplan bizcos, con ese modo de mirar que llaman ellos "de reajo". Como los gatos, son tan caseros, que nada bueno esperan de nada y de nadie, y su alma anda de lado, silenciosa y prevenida a esconderse, no sin, en el bufido de la huida, largar un araño.

Pero hay capea, y asombrados asistís a una resurrección incomprensible. Aquellos campesinos que lloran al separarse aunque sea nada más una legua, que pesan el placer y el dinero que cuesta en la misma balanza del destino, a quienes la falta de vías de comunicación les hizo retraídos y soberbios..., no bien llegan las capeas se desprecizan como osos sobre el hielo de su existencia monótona, sienten remozarse la sangre,

cias Morales y Políticas, el Sr. Salcedo, dice en una "Historia de España", de muchas pretensiones y pocas "chichás" (edición Calleja, 1914, 969 páginas), que "es una injusticia y una tontería" elevar a la categoría de axiomas históricos estos rasgos populares. Si los académicos leyeran algo más que lo que ellos mismos hacen, tendría el honor de recomendarles mis libros "Pan y toros", "Las capeas", "República y flamenquismo", "Escenas y andanzas de la campaña antiflamenca", "Castillos en España" y éste de "Nervios de la raza"; pero como nuestras autoridades morales y literarias no leen, porque "lo leyeron ya todo y todo lo pensaron...", cosa que de ellos no salga seguramente que es una tontería.

(1) En estos tazones, ingenuas muestras del arte popular, hay todavía otro dato más picante y gracioso. Cuando el lego reflectero echaba el vino en estas páteras talaveranas y no las acababa de llenar, el padre decía: "Ahogue al diablo, hermano." Y como el diablo pintado tenía las manos en el borde del vaso, el vino rebosaba. Después, los alfareros, en el fondo, habían colocado un anagrama que se lee "Jesus Christus", y los padres, al consumir el vino, lo hacían diciendo: "Hasta verte, Jesús mío", o sea hasta llegar al anagrama en el fondo del insondable tazón. Esas dos frases pasaron al tesoro de nuestros adagios y son hoy del dominio público.

sueltan la lengua, discuten represalias y marchan a la ciudad vecina sedientos de ver, de hartarse de emociones, de intervenir en "lo que sea", improvisando energías que de saber que existían en su alma les hubieran atemorizado.

Por eso van a Segurilla cantando, y rien y bromean, con esas chanzas de los labriegos sin sal ni maldita la gracia, pero que ni el diablo mismo podría mejorar en la "perra" intención. Les atrae una ilusión sincera; es el único momento en que su espíritu crea un deseo concreto. Ellos, cuyos datos inmediatos de conciencia son siempre los mismos, hasta el punto de que su entendimiento trabaja como la rueda de un molino, aguzan el "meollo" para imaginarse hazañas y llamar la atención y renovar sabe Dios qué viejas heroicidades espeluznantes de antepasados enormemente y sombríamente brutos. Sonrien, y esto es lo peor que podíais sorprender en los labios de los gañanes. Van urdiendo algún acto que estereotipe en la comarca su nombre, y trabajan como buenos campesinos sobre el cañamazo de su memoria.

—¿Te acuerdas del año pasado, lo que hizo el hijo de la tía Anastasia en los toros de Puente del Arzobispo?

—¿Cuál?... ¿Lo de agarrarse a un cuerno y al rabo y no dejarlo andar ni atrás ni "alante"?

—No, hombre; eso lo hizo el mozo de la granja de Alcobá en Talavera; lo que quiero decir es lo del hijo de la tía Anastasia..., aquello del hachazo en la pata, que le quedó colgando, y que parecía mismamente que lloraba como una persona.

—¿Anda la mar! ¡Como que van a llorar los toros!...

—Oye, tú, pues serás el primero que no lo sepa. Pero ¿no lo has visto en los bueyes? Así de gordos son los lagrimones que echan.

—Te digo que un toro no llora. ¡Sería gracioso!

—Y tan gracioso. Los toros lloran, y te apuesto una azumbre.

—Dos te apuesto yo "en llegando" a que no lloran aunque les des un palotazo en el vano del cuerno... Tú no has visto toros en tu vida, Domingullo. ¡No es nadie un toro!

—Bueno, pues yo he visto llorar a un toro, y yo te apuesto lo que quieras a que hago llorar a un toro en Segurilla.

Si algún campesino entra en una de esas barracas donde los domadores trashumantes muestran leones a través de fuertes rejas, el labriego hace una mueca de desdén. Nosotros, que tenemos el león en nuestro escudo de armas, le estimamos tan poco, que sus cualidades, buenas o malas, sólo una imaginación "volcánica" o descarriada puede descubrir en el espíritu de las razas que constituyen nuestra varia nacionalidad. Los imagineros y constructores medioevos de sepulcros y catedrales han empleado el león, y ello como símbolo de la vasta región compañera de Castilla. En cambio, el toro es por excelencia el viejo blasón nuestro. Probablemente no ha rugido un felino melenudo jamás en nuestras selvas, ni aun en el tiempo prehistórico, que tan excelentemente describe Botella en su "España y sus antiguos mares".

El toro ha constituido sin transición

la gran riqueza de nuestra patria. Rebaños de ellos, tan numerosos como las vacadas modernas de la Argentina, enseñaron a la raza cualidades morales que el tiempo ha remachado en nuestro espíritu. Se le deben éxitos en campañas batallas que sin ellos nunca se hubieran ganado, y su figura grave, tan poderosa como melancólica y bella, fué cipo, mojón, dios-término en nuestras heredas, piedra miliaria en los caminos pastoriles primitivos, hitos en las cañadas y veredas para la trashumación, guía preciosa en aquellas divisorias y caminos, que hoy, como ayer, han sido ásperos y difíciles. "Pleraque itinera Hispaniae impedita sunt asperitate viarum et angustis saltibus crebris", dice Tito Livio (1).

Y el alma del pueblo no ha olvidado. Ama al toro. Su amor, como tantas otras cualidades recias que debieran ser nuestro orgullo y embrión de porvenir excelso, se ha refractado miserablemente en mil sentimientos malos, descomposición de algo muy fundamental y muy bello. Y hoy, ese toro que es su símbolo y la más escueta imagen de su temperamento, le sirve de recreo criminal, de diversión casi sacrilega, puesto que es una especie de juego consigo mismo, juego que es burla, engaño, martirio de lo que nos hizo invencibles y únicos en la época de oro.

¿Será esta diversión de las capeas concreción infelicísima de un profundo y casi instintivo remordimiento de haber caído de tan alto, sin enmienda en la caída, sin revancha en el descrédito? ¿Será castigo villano que los pueblos se imponen a sí mismos por su impotencia para fortificarlos como pueblos libres, fuertes e indomables?... ¡Ah! Esos campesinos que van por el camino en "reacta" heroica, que desfruncen su ceño porque van a los toros del villorrio, que recobran su alegría de otros tiempos porque hay toros en la vecindad, ¿cómo iluminan el problema de la patria infecunda, cómo nos están diciendo que "ahí le duele" a la raza, que el Aquiles de la estirpe tiene ahí su talón vulnerable!

III

—Conque no llora un toro, ¿eh?

—Te apuesto dos azumbres y todo lo que comamos la reunión.

—Pues dalo por perdido. Yo hago llorar al toro.

—Lo que vas a hacer tú es llorar a tu madre.

Y bebiendo alegres y dichosos esperaban la hora de la corrida, que en los pueblos, como en las ciudades, es la de la muerte para el presidente, si esta respetable y cachazuda autoridad no comienza la fiesta en punto, costumbre cuya razón y considerandos ni el mismo conde de las Navas debe saber.

Como aún era temprano, discurría la muchedumbre por la plaza, convertida en palenque y regada primera y última vez en el año, por las calles inmediatas, por los aleros de los tejados, que, felizmente, sólo tenían la altura necesaria para romper a un hombre cien huesos de los doscientos ocho, sin contar los dien-

tes, que, según los fisiólogos, tiene el ser humano.

En el mercado de ganados no había transacciones desde la víspera, por el gran motivo de la corrida. Inmediatamente, y Dios me perdone, del famoso "negocio de nuestra salvación" están las corridas de toros, y "aluego", lo que "ha de venir vendrá", o sea que si "tiene uno suerte", venderá, o ya adivinarán que "tiene uno" buen paño en el arca y mandarán por él.

A causa de estos profundísimos alegatos y verdades evidentes por sí mismas, los animales y demás objetos en venta dormían el sueño de los justos. Sólo se pensaba en los toros. Los gitanos mismos, que viven únicamente para comerciar, si es posible, con la sombra de su sombra, andaban por las calles y descampados a busca de musarañas que contemplar para "matar" el tiempo, mientras sus churumbeles, embobalicados como tantos otros niños de la vecindad, hacían girar sobre su eje cierta barra curva de hierro que tenía en uno de sus extremos un pedazo de ballena: si ésta se paraba, después de recorrer una rueda de púas, en el espacio numerado, la vieja dueña del aparato les ofrecía un bicharraco de dulce tan científicamente sintetizado, que es purga, veneno y bombón, todo en una pieza. ¡Ah, la sonrisa de esta Lamia mientras los chiquillos comían sus "preparados"! Recordaba la Maratona de Segovia, la Peregrina de Avila, la Libori de Hornachos, la Urraca de Ocaña, la Xarandilla de Baeza, hechiceras y bebedoras de sangre de niños que mataban con sólo decirles esta horrenda redondilla:

Con dos que te veo,
con cinco te espanto,
la sangre te bebo,
el corazón te parto.

Es digna de observarse, porque a nada es comparable la excitación nerviosa que precede a un espectáculo de estos. Se vive en plena hiperestesia, o, como vulgarmente se dice, "en el mejor de los mundos". Habla quien nunca habló, ven los ciegos, oyen los sordos, los cojos andan, y quien siempre tuvo cara de imbécil o lo pareció, que es lo mismo, contamina su idiotez a los demás. Enemigos irreconciliables se abrazan entrañablemente, hacen digestiones ideales los que durante ellas pidieron siempre un revólver, y la satisfacción más envidiable se "pinta" en todas las caras, o las embadurna, o las chorrea de tal modo, que si la felicidad que allí se pierde se recogiera, pronto el universo sería una copia del paraíso antes de la memez de Adán.

¡Oh tú, gran anatómico de Lyon, Testut, que has hecho el estudio de la idiocia congénita en el admirable libro "Dissección de un imbécil"!... ¡Y oh tú, Lombroso, que examinaste el atavismo y la base epileptoide!... Ahora quisiera tener nuestro talento analítico, porque estas muchedumbres piden "a voces" análisis. Nadie ha estudiado aún estos seres babosos de regocijo, avarientos de sangre fresca, viciosos de "la morfina de España", como llama el doctor americano Ingegnieros a la gaya fiesta de los toros.

Y flamenquismo no es. ¿Qué han de ser flamencas estas gentes sosas, zancudas como palmípedos, ribereños del Ta-

jo, varoniles orfebres de otro tiempo que son capaces, como sus viejos alfareros, de echar plomo a la gracia para darle esmalte!... Operarios de alfares, metidos tres cuartas partes del año y otras tantas del cuerpo en albercas cenagosas, o atufados en la boca de los hornos, o con raíces en los pies, y campesinos que de la tierra viven, todos obedecen al atavismo histórico. Nada de movimientos elegantes, en vistosos saltos, ni jácaras, ni amariconados saltitos, ni pasitos de fandango o bolero; los que de entre ellos imitan lo flamenco no son de la tierra; los naturales del país obedecen los misteriosos mandatos de la sangre.

En el tiempo feliz de los gremios, cofradías o cabildos, estos olleros celebraban contratos y concordias con los deanes, corregidores o bachilleres para conservar las fiestas de toros, y firmaban constituciones originalísimas. El canónigo y el corregidor tenían que comprar los toros para correrlos durante los cuatro días siguientes al Quasimodo: en cada día se corrían nada más que once toros, y por conservar de un día para otro la llave del toril había lances de sangre entre pistonudas dignidades. Los señores traperos, herreros, carpinteros, pescadores, molineros, mesoneros, panaderos, zapateros y carniceros subastaban y remataban un toro por gremio respectivo, y luego la carne se daba a quien con mucha necesidad lo solicitare, tales como sagradas esposas del Señor y pobrescoitos frailes mínimos o máximos, descalzos o entarugados.

De modo que "de casta le viene al galgo"... Es la pícara senora, no el flamenquismo pegajoso y fullero, reliquia de moros y saliva de gitanos, que trae revueltas a estas pobres gentes hoy en Segurilla, quien las altera de tal modo y tan inusitado, que con sólo verlas piensa el espectador en Jauja o las Hespérides.

Claro es que los flamencos venidos al olorcillo de la olla podrida son "la mitad más uno"; pero lo típico, lo castizo de la tierra son los mozos crudos, macizos, amasados en el barro colorado que luego es un puchero azul con "brinquño", o una escudilla, o un albahaquero o agtamánil de esos que se cuecen con chamiza de pino, o retama escobeña, o morihuela, o borujo, en el nombre del Santísimo Sacramento.

Por allí fantasmear los mocosos de Sierra Morena aireando su capa maja y su puerca taleguilla; o los chulos chisperos de los Madriles achaparrados por el vienteillo matón del Guadarrama; o los "chayecas", "maletillas", carne de tren y simiente de vagos y polvo de "astros", con sus posturitas fanfarronas, aprendidas entre sorbo y sorbo de mocos. Mas la fiesta es de los mozos, y allí los veis patosos, fríos, derrengados por la labor del campo, que hace cóncavas las vértebras lumbares y convexas las dorsales, torcidos como quintos del arma de Caballería y bobos como pistoles. ¡Y esas osamentas tan torpemente disfrazadas con mandiles y bragas y blusas; esos pies cuyos borceguías o solesas celtas o albarcas de los cárdulos o alpargatas de Aspe y Elche podrían servir de losa a una tumba; esos tipos anodinos, fofos, rechonchos, sin sal dentro ni fuera..., "todo eso"—así, en neutro—, se

(1) Libro XXVIII, capítulo primero.

atreve a desafiar a una nera y es el rey verdadero y en derecho, aunque destronado, de los animales, diga lo que guste el gran cazador de leones Eduardo Foa o el no menos grande Julio Gerard?

Esperándole están. Y no en cuadrilla disciplinada, como los profesionales del valor o mercenarios de los hígados, sino en la anarquía más simpática. Las mozelas casaderas, que están más coloradas que morrones de la Rioja, se los señalan con jolgorio que las "desatornilla".

—Mira al Eusebio, madre; "paece" un chopo.

—Pues ¿y el Tomazón? Está en cuclillas, como si fuera a hacer aguas...

—Mira el Domingullo. Llámalo tú, que yo no me atrevo.

Y Domingullo acude con el paso sangunguero de un pato de pantano, las manazas en unos bolsillos que estando encima de la barriga dan la vuelta al "mapamundi" y vuelven.

La novia mira a Domingullo, éste a su novia, la novia a su madre, la madre a Dios, hasta que el mozo interroga, con ese retintín que es intraducible balbuceo o ingenua costumbre de no hablar "dos palabras seguidas" sin tropiezo, respiro y pausa:

—¿Qué te se salía, Encarna?

—A mí, na—dice la Venus pueblerina—; pero como te estabas junto al poste que parecías un guardia civil de carretera...

—Es que voy a hacer llorar al toro.

Las chicas rien, ríe él, ríe todo el mundo y, lo que es más admirable, ríe el pueblo, el cielo, el aire y la Providencia.

En una ventana de la iglesia está el padre Torralba. ¿Quién te podrá olvidar, ¡oh "carissime" padre Torralba, de la Orden de los Jerónimos!, prez y especias, pimienta y clavo de los predicadores, espuma del nácar de los Bossuet, Massillon, Granada y Boudaloue?... ¿Qué heterodoxo o heresiarca o simple incrédulo podrá jamás borrar de su "sindéresis" aquel treno a lo Crisóstomo que empezaba: "El Anticristo, la fiera corrupta que vosotros decís, amados hermanos, ha puesto sus patas mal olientes en el pecho virgíneo de nuestra muy madre y a mucha honra la Santa Madre la Iglesia..." ¡Oh padre Torralba, débote "sendas" horas de rebozo espiritual, y sólo tu nombre es para mí como paréntesis en la existencia que ya va pesando. "El pueblo—decías, reverende amigo—, el pueblo "utpote parvus", tiene la cabeza en Dios, el vientre en Satanás, los pies en la tierra, el espíritu a pájaros..." (Y el bolsillo en la iglesia, padre Torralba.)

Música: un pasodoble. En las fiestas de toros, las notas se transforman en pulsaciones, hacen efecto inmediato, como los calomelanos o los calamares. Los que jamás movieron las extremidades porque crearon cartílagos en los sobacos ahora danzan. En el suelo, tapizado con desperdicios arrojados y resbaladizos de toda clase, bailan los mozos; las mujeres suspiran dramáticamente; capaces eran ellas de bailar con el toro fuera del toril. Durante la revolución septembrina se valsaba en los círculos aristocráticos de la corte; entre dos compases se decían las parejas: "Bailamos sobre un volcán."

Y este recuerdo les daba más cuerda, y no es retruécano.

Siempre—lo dicen sesudos historiadores e histriones célebres—se ha bailado en los funerales. La muerte y la danza, en hipótesis sempiterna, han creado las literaturas todas del globo y han inspirado soberbias obras. Esos mozos que danzan en las puertas de los toriles, ¿sabrán que se ahuyenta la muerte con el baile? ¿Les habrá dicho el padre Torralba que la muerte es la negación de todo movimiento o que la muerte se burla, domestica y vence echando las zancas al aire con salero? El caso es que bailan. Sus nervios tienen filo. ¡Pobre toro!... Allí encerrado, detrás de esa sucia puerta de color de mal vino, vives como vivía mi patria antes del "98"... Los salvajes bailan antes de asar su prisionero, y no comerían una nalga suya sin previo "tripoteo" legendario y sombriamente inexplicable.

Chirimias: un bonito legado de las justas árabes. El pueblo no olvida jamás lo que nada importa que se pierda. Es así. Su misión consiste, o debe consistir, en entorpecer las inspiraciones del destino, y mientras éste hace sabios, el pueblo les crea dificultades. Cuando el pueblo vuelve sobre su pasado poetiza los obstáculos de que él mismo sembró su camino y aísla en imponente soledad las creaciones de los conscientes.

Y después de las chirimias ratoneriles, un mancebo de la edad de Viriato, si viviera todavía el lusitano, abre el "portón de los sustos" y sale... el primero.

Un pobre diablo, cuyo nombre sólo Dios sabe, le "saluda" con una media verónica dada con el pañuelo de las narices, la que es extremadamente aplaudida por ser un milagro indiscutible hacer ese género de lances con tal "microcosmos" de hilo o de batista.

En tercios de la casa del médico, el toro se cuadra pensando en las probabilidades que tiene de escapatoria. Admírame y "muy mucho" con qué facilidad adivina la plebe el pensamiento de los toros. En cuanto se da cuenta "el respectable", el abucheo toma las proporciones de las pirámides, y la ira santa que guió a nuestros abuelos en la batalla de las Navas de Tolosa impulsa a los cuatrocientos héroes del ruedo a acribillarlos a denuestos.

El pobre animal tiene el aspecto de un buen padre de familia en sábado. Visto aislado, debe poseer cierta apariencia de toro, y hasta arrobas de majestad; pero perdido—¡y tan perdido!—entre los centenares de "semialmas" que lo acosan, parece una cabra montés o un bisonte escapado del techo de la gruta de Altamira. Como se halla cerca de mí, contemplo sus ojos. ¡Ah, padre Torralba, aquellos ojos que vos describais, en el sermón de los Desposorios de la Virgen, "empapados en luz delectérea", que, según vuestra paternidad, poseen los santos!...—"... Tan hermosos son los paisajes celestes que los bienaventurados tienen el angélico don de ver, que en sus ojos queda fotografiado, como hoy se dice, en su retina, aquella superabundancia de panoramas, y resultan, al fin y a la postre, tan hermosos como su visión."

Pues eso que deciais, predicador admirable, vi yo, y vuestra paternidad me perdona, en los ojos de aquel para mí in-

olvidable bicho. Sin broma, que en los ojos de aquel animal magnífico de "lámina" contemplé a mi sabor, como visión de estereoscopio, la perspectiva de una dehesa infinita, tan grande como el mapa de mi patria: la surcaba un río muy profundo, y un niño con un cubo quince veces más pequeño que él quería sacar agua y regar aquella extensión llana, sobre la que un crepúsculo de enervadora belleza tendía una luz de sueño de siesta y paisaje selenita...

Sonó un estacazo; pero no así como así: un señor estacazo; uno de esos golpes que los literatos describimos con tres puntos suspensivos para ahorrarnos una congestión cerebral. Después sonó otro estacazo, y luego un grito colectivo, uno de esos gritos dado por cinco millares de almas que se funden en una sola vibración capaz de dejar sordo de nuevo a Beethoven.

Era que el toro, berreando de dolor por el golpe recibido, había arrancado como arranca un toro en las cornadas maestras: en el tiempo que transcurre entre ver y no ver el toro encima. Su poderosa cabeza triangular había asestado un golpe que, multiplicado por el peso enorme de su cuerpo y la velocidad de la carrera, dió tal susto a un hombre o cosa así, que el "niño" yacía incrustado en tierra como si por encima de su cuerpo hubiera pasado un rulo de mil toneladas. Mirar aquella oblea que fué un hombre daba vértigo. El toro, vengado, se quejaba un poco del golpe recibido; en cambio, el alma de la oblea ni tiempo tuvo de salir del cuerpo para volar al redil de los borregos de Cristo. Se quedó allí, aplastada como una mariposa entre dos hojas de un diccionario enciclopédico. Cuestión teológica y de un tamaño loco debía ser cómo habría Dios de reembolsarse aquel espíritu-oblea, ya que es evidente que ninguna energía se pierde en el universo.

Mas decir español es hablar del caos antes de la creación y cuando el Sumo Alfarero no había pensado en crear nada de lo que se ve. Hubo pronto el toro de arrepentirse de su hazaña. Cien, doscientos, más, de opositores a obleas se "liaron" con él a palos. No se batanea el esparto crudo como se sacudía aquella piel. El animal corría, humillaba, iniciaba sombríos derrotes; la muralla humana cedía un poco en un sitio, se hendía para sacudir después su fila primera reconstituida, como la cuerda de una saetera después de lanzar el dardo en suprema tensión.

Entonces, Domingullo, que espía el momento, sacó sus manazas de los bolsillos sin fin. Se oyó rechinar el diente con diente de los muelles de una navaja, y vi lo que describo temblándome la pluma como un bisturí en manos de un interno incipiente que buscara el ganglio de Gasser en la caja craneal viva.

El desmirriado Domingullo se abrió paso entre la turba, y escudándose en el corpachón de un semejante suyo y nuestro, por desdicha, blandió la enorme hoja en su brazo derecho, largo como el brazo de un gorila, y...

Pero antes debéis leer esto otro. El toro es un animal de una inteligencia nada común; sólo no se explica aquello que nosotros mismos no nos explicamos, como es, a saber, por qué hacemos mal

cuando ese mal no es necesario ni cosa alguna lo reclama. Su nobleza es tan prodigiosa, que comprendiendo que sus movimientos, por insignificantes que sean, llevan en sí toda su enorme fuerza, multiplicada por los pasos del avance, anda con cautela, y a su prudencia exquisita, la majestad de la conciencia otorga un encantador y severo realce de dominio, de fe en sí mismo.

Acorralado, perdió la serenidad; un hombre, en caso menos peligroso, ¿qué recursos morales hallaría en su cerebro para medir el impulso y graduar sus actos?... Su cabeza se balanceaba sin orientación ni fijeza; arriesgaba en falso golpes que el retroceso convertía en punzantes dolores en las vértebras cervicales; se revolvía en conatos de desesperación; las brechas mismas que abría en la masa estúpida y oscilante le producían temor, y la convulsión de los ijares, la fatiga de los vacíos, revelaban la indecisión del miedo, la confusión de la desesperanza, la confesión desolada de inferioridad. Nada debe ser más penoso a la suma nobleza que rendirse a la superioridad del número, a una causa agresiva cuya finalidad desconoce la inteligencia, a golpes monstruosos dados al azar, sin genio, acusando deseos de atormentar mucho tiempo y de hacer daño por gozarse en él, con la perfidia soez de la invulnerabilidad, de la impunidad canalla, de la taimada zancadilla.

La cara de aquel toro imponía. Claro es que nadie se fijaba en esto. El sol dejaba caer sus rayos a millones, y la luz y el calor, en vaho de asfixia, hacían sudar los rostros y cegaban los ojos y el cerebro. El griterío descorazonaba cuando seriamente el alma se iba dando cuenta de la razón de tanto sonido inarticulado, tanta palabrota huera, aquellas imitaciones de animales tan bien hechas que no las mejorarían los bichos imita-

dos. Sobre todo, el asno; el rebuzno es el emperador de las monstruosidades de la voz, una obra maestra de falsas tonalidades en escalas fantásticas que exigen abrir mucho la boca y retorcer el pescuezo. El toro oía. Debía, y con razón, creerse en un mundo incomprensible. Sus ojos mansos observaban el "cotarro", aquel círculo de diablos sueltos, y él, amante, como todos los suyos, de la vasta soledad del campo, furioso contra el desenfreno sin motivo, contra tanto movimiento sin razón de ser, sentía su voluntad de hierro domada cruentamente por el capricho inexorable de aquellos peleles de carne.

Destellaba en sus ojos toda la bondad de la verdadera fuerza, la irritación de un duelo en condiciones grotescas; la enorme eclipse de sus ojos, aquel fanal en el que ardía un espíritu macho, la luz interior convertida en llama, parecía expulsar de la retina la necia visión de la plazoleta trágica y cómica. Al acometer los cerraba violentamente. Abríalos en la quietud, y su mirada amplia, de un desmesurado radio, visión de grandes extensiones, fulguraba un sentimiento indefinible, una angustia profunda, la convicción de que su vida, fuertemente amada, se iba... sin remedio.

Y así, estando quietos, sus ojos, atentos más al ensueño de la dehesa que a la visión bochornosa de la plaza, recibió el golpe.

Fué una navajada "corneá"; ni el Dante describe mejor el golpe de Dominguillo. Alargó el brazo, metió el acero, y ya dentro, lo revolvió varias veces "corneando", que dicen los gitanos. Se oyó en la plaza un bramido de bisonte, un rugido de saurio, y la plaza se estremeció, porque ninguno había oído jamás una protesta como aquella. En el aire temblaba la vibración sonora, sobria de notas, honda de furias. El toro hizo un

esfuerzo poderoso. Retrocedió, concentró su fuerza entera, toda la ira defensiva, en sus patas traseras y disparó su mole sobre la masa. Hubo un barullo espeluznante. Caían revueltos, escapaban tropezando, blasfemaban; pero vencieron. El toro les dió tiempo a recobrase. Berreaba lastimeramente. En uno de sus ojos brillaban al sol las cachas de latón de la navaja y una mancha de sangre roja, espesa, que goteaba por el largo hocico y manchaba los blancos morros. Pretendía arrastrar su cabeza por la arena y movía en triste intento vano su noble testuz.

¡Ah, padre Torralba! Si en vez de estar "repantigado" en el alféizar de la ventana eclesiástica hubierais estado, como yo, cerca del toro, ¿qué magníficas frases sobre el ojo no herido podíais haber trazado!... Si vuestros santos irradiaban en sus pupilas la visión de la gloria, aquel toro, en su ojo sano, puso la rabia que conmovía su alma de bronce. Os confieso, padre, que asustó. En torno de él, su ojo sano trazó un semicírculo infranqueable. De su ojo, como de los ojos de los monstruos, salía un haz de rayos, y nadie se atrevía a afrontarlos. Cuando su bellísima cabeza ensangrentada se elevaba al cielo buscando aire, luz, espacio, mucho espacio libre, resplandecía siniestra la navaja hundida en el charco de sangre, en el ojo mismo del toro. Pero nadie daba un paso hacia él. Su ojo sano decía con fiereza formidable que la navaja había llegado al alma del macho, clavando en ella un concepto miserable del "hombre".

Y Dominguillo, despatarrado, las manos en los bolsos de la barriga, veía, sonriendo, desprenderse de aquel ojo las lágrimas que deseaba ver... y se las mostraba a su compañero, diciéndole:

—¿Llora o no llora el toro?...

FIN

I N D I C E

DE LAS NOVELAS Y CUENTOS PUBLICADOS
EN EL PRIMER SEMESTRE DEL AÑO 1935

	Págs.		Págs.
Souvestre: El rico y el pobre.....	3	Oscar Wilde: El retrato de mister W. H....	425
Pereda (José María de): Oros son triunfos.	27	Maupassant (Guy de): Bola de sebo.....	435
— La mujer del César.....	42	— La señorita Perla.....	442
Quiller Couch: El tesoro del pirata.....	59	— El padre Amable.....	446
Maryan (María): El plan de la condesa.....	83	— Julia Romana.....	451
Alarcón (Pedro Antonio de): El carbonero- alcalde	107	— El buque naufrago.....	453
— El coro de ángeles.....	110	Palacio Valdés (Armando): Los majos de Cádiz	459
— El clavo.....	117	Simenon (Jorge): El comisario Maigret....	491
— El afrancesado.....	125	Campoamor (Ramón de): El tren expreso (poemas, doloras y humoradas).....	515
Dumas (Alejandro): El suplicio de María Antonieta	131	Gorki (Máximo): Jacobo el espía.....	539
Heller (Frank): Ulises o los siete menús...	163	Quevedo (Francisco de): El entremetido y la dueña y el soplón.....	571
Verga (Juan): Historia de una curruca.....	187	— Capitulaciones de la vida de la corte.....	579
Stevenson: La resaca.....	211	— Libro de todas las cosas y otras mu- chas más.....	582
Chejov: Stepane el nihilista.....	243	— Cartas del caballero de la Tenaza.....	584
Kistemaekers (Enrique): El señor Dupont, chófer	267	— Premáticas y aranceles generales.....	587
Mark Twain: Cómo maté un oso.....	285	Cendrars (Blaise): El oro.....	595
Insúa (Alberto): El negro que tenía el alma blanca	291	Mérimée (Próspero): La condesa Diana....	627
Dickens (Carlos): La voz de las campanas.	331	Sterne (Lorenzo): Viaje sentimental.....	651
Leblanc (Mauricio): La Agencia Barnett y Compañía	355	Noel (Eugenio): Un toro "de cabeza" en Al- corcón	675
Spitteler (Carlos): El teniente Conrado.....	379	— Cura trágica de un "maletilla".....	679
Voltaire: El ingenuo.....	411	— Los caballistas de Arroyo del Puerco....	683
		— Capea jocosa en Segurilla.....	689

Revista literaria

NOVELAS Y CUENTOS

Obras publicadas y que se hallan a la venta en todos

los quioscos a TREINTA CENTIMOS

NOVELAS ESPAÑOLAS

- ALARCON. El carbonero-alcade.—Núm. 318.
AMADOR. Un error judicial.—Núm. 184.
ANONIMO. El lazarrillo de Tormes.—Núm. 116.
"AZORIN". Don Juan.—Núm. 114.
BAROJA. Zabalain el aventurero.—Núm. 110.
BELDA. Memorias de un suicida.—Núm. 245.
BRANA. El espejo cóncavo.—Núm. 187.
CALDERON DE LA BARCA. El alcalde de Zalamea.—Núm. 173.
— La vida es sueño.—Núm. 310.
CAMBA. La sirena rubia.—Núm. 146.
— El amigo Chitre.—Núm. 175.
— Cárcel de seda.—Núm. 219.
CAMPOAMOR. El tren expreso (Doloras, poemas y humoradas).—Núm. 333.
CARRERE. La torre de los siete jobados.—203.
— La calavera de Atahualpa.—Núm. 283.
CASAS GANCEDO. El fin trágico del último zar.—Núm. 133.
CERVANTES. La gitanilla.—Núm. 159.
— El casamiento engañoso.—Núm. 216.
CESTERO. Ciudad romántica.—Núm. 300.
"COLOMBINE". Los endemoniados de Jaca.—Núm. 207.
CUADRA. La vuelta de la locura.—Núm. 191.
DIAZ FERNANDEZ. La venus mecánica.—241.
DICENTA (HIJO). Héroes.—Núm. 164.
ESPRONCEDA. El estudiante de Salamanca.—Núm. 169.
ESTEBANEZ CALDERON. Cristianos y moriscos.—Núm. 97.
— Don Opando o Unas elecciones.—Núm. 195.
FERNAN CABALLERO. Tres almas de Dios.—Núm. 162.
— Simón Verde.—Núm. 240.
FERNANDEZ CANOELA. Tres mujeres.—133.
FERNANDEZ FLOREZ. La procesión de los días.—Núm. 105.
— Los que no fuimos a la guerra.—Núm. 167.
— Relato inmoral.—Núm. 225.
— Fantasmás.—Núm. 303.
FRANCES. La danza del corazón.—Núm. 156.
— El misterio del Kursaal.—Núm. 297.
GOMEZ DE LA SERNA. El torero Caracho.—Núm. 74.
HARTZENBUSCH. La reina sin nombre.—234.
HERNANDEZ-CATA. Manicomio.—Núm. 231.
INSUA. Las flechas del amor.—Núm. 179.
— El negro que tenía el alma blanca.—325.
ISCAR PEYRA. Sabel.—Núm. 171.
LARRA. El pobrecito hablador.—Núm. 112.
LOPE DE VEGA. Las fortunas de Diana.—177.
MARTINEZ OLMEDILLA. Los hijos.—189.
MOLINA. Un veterano.—Núm. 130.
MORATIN. L. derrota de los pedantes.—122.
MUNOZ. El triste amor de Mauricio.—290.
NOEL. Las capusas.—Núm. 149.
— Un toro "de cabeza" en Alcorcón.—Núm. 339.
NUÑEZ DE ARCE. Sancho Gil.—Núm. 286.
OTEYSA. El Diabolo Blanco.—Núm. 302.
PAJARES. El conquistador de los Trópicos.—Núm. 193.
PALACIO VALDES. El idilio de un enfermo.—Núm. 209.
— Los majos de Cádiz.—Núm. 331.
PARDO BAZAN. La sirena negra.—Núm. 270.
PEREDA. Oros son triunfos.—Núm. 315.
PEREZ DE AYALA. Luz de domingo.—120.
QUEVEDO. El entremetido y la duquesa y el soplon.—Núm. 335.
REPEDE. Los cohetes de la verbena.—141.
RIVAS (DUQUE DE). Don Alvaro o La fuerza del sino.—Núm. 280.
ROBLES. El muerto y su adulterio.—Núm. 236.
RUBEN DARIO. Azul.—Núm. 124.
RUEDA. El salvaje.—Núm. 261.
SAN JOSE. Una pica en Flandes.—293.
SANTOS ALVAREZ. La protección de un sastre.—Núm. 267.
TRUEBA. Los hermanos Carvajales.—Núm. 132.
URABAYEN. La última cigüeña.—Núm. 61.
— Vidas difícilmente ejemplares.—Núm. 135.
VALERA. Genio y figura.—Núm. 262.
— Valle-Inclán. Sonata de Primavera.—157.
— Sonata de Otoño.—Núm. 253.
— Cara de Plata.—Núm. 275.
ZAMACOIS. El seductor.—Núm. 255.
ZOZAYA. Miopita.—Núm. 312.
- ### NOVELAS FRANCESAS
- ABOUT. El rey de las montañas.—Núm. 115.
ACREMAN. Vocación.—Núm. 282.
ADMARD. Los bisontes blancos.—Núm. 185.
— Los buscadores de oro.—Núm. 255.
ASSOLANT. El profesor Judasohn.—284.
BALZAC. Un asunto tenebroso.—Núm. 1.
— El cura de Tours.—Núm. 81.
— Lirio del valle.—Núm. 153.
BASSET-ROBERT. Radiante o El joven irresistible.—Núm. 111.
BENOIT. La Atlántida.—Núm. 215.
— Un almuerzo en Soussayrac.—Núm. 268.

- BOUE. El secreto del baúl rojo.—Núm. 83.
CENDRARS. El oro.—Núm. 336.
CONSCIENCE. En busca de minas de oro.—287.
CONSTANT. Adolfo.—Núm. 34.
CHATEAUBRIAND. Atala o Los amores de dos salvajes.—Núm. 94.
DAUDET. Tartarin en los Alpes.—Núm. 63.
D'AUREVILLX. La hechizada.—Núm. 35.
— El cabecilla Destuches.—Núm. 119.
— La cortina escarlata.—Núm. 237.
DUMAS. El camino de Varennes.—Núm. 129.
— El arca de plata.—Núm. 178.
— Un drama de amor.—Núm. 335.
— La reina Topacio.—Núm. 299.
— El suplicio de María Antonieta.—Núm. 319.
ERCKMANN-CHATRIAN. El amigo Fritz.—Núm. 89.
— Los veteranos del Imperio.—Núm. 217.
— El abuelo Lebigre.—Núm. 253.
FEUILLET. Diario de una mujer.—Núm. 92.
— La viuda.—Núm. 249.
FEVAL. La fábrica de crimenes.—Núm. 72.
— Odios de raza.—Núm. 147.
— La venganza de una hija.—Núm. 260.
FLAUBERT. Un corazón sencillo.—Núm. 75.
GABORIAU. Los amores de una envenenadora.—Núm. 190.
GAUTIER. La novela de una momia.—Núm. 83.
— La maja y el torero.—Núm. 192.
— "Jettatura".—Núm. 226.
GOBINEAU. El ilustre hechicero.—Núm. 136.
— La danzarina de Shamakha.—238.
HOUSSEY. Trágica aventura de baile de máscaras.—Núm. 186.
— La venganza del muerto.—Núm. 220.
KARR. Las mujeres todavía.—Núm. 205.
— Buscar tres pies al gato.—Núm. 243.
KISTEMAEKER. El señor Dupont, chofer.—Núm. 324.
KOCK. ¿Dónde está mi marido?—Núm. 276.
LAMARTINE. Regina.—Núm. 87.
LEBLANC. La Agencia Barnett y C.—Núm. 327.
MARYAN. El plan de la condesa.—Núm. 317.
MAUPASSANT. Bola de sebo.—Núm. 330.
MERIMEE. Colomba.—Núm. 65.
— Las brujas españolas.—Núm. 153.
— Doble error.—Núm. 204.
— Venganza corsa.—Núm. 293.
— La condesa Diana.—Núm. 337.
MERY. Una conspiración en el Louvre.—43.
MOLIERE. Don Juan o El convidado de piedra.—Núm. 148.
MONTEPIN. La señorita Lucifer.—Núm. 263.
MURGER. Escenas de la vida bohemia.—77.
— La novela de un capuchino.—Núm. 272.
MUSSET. El hijo del Tiziano.—Núm. 174.
— El secreto de Javotte.—Núm. 304.
NERVAL. La mano encantada.—Núm. 38.
NODIER. La señorita de Marsán.—Núm. 21.
— Tribu y el duendecillo de Argail.—Núm. 85.
POIRIER. Cain. Aventura de los mares estóicos.—Núm. 296.
PONSON DU TERRAIL. El hombre del perro negro.—Núm. 82.
— El paje de Luis XIV.—Núm. 126.
— La herencia de un cómico.—295.
— Un crimen misterioso.—Núm. 305.
PREVOST. El afinador ciego.—Núm. 311.
RODENBACH. Brujas, la Muerta.—Núm. 239.
SAND. Juan de la Roca.—Núm. 59.
— El caballero Mauprat.—Núm. 99.
— El marqués de Villemer.—Núm. 221.
— La charca del diablo.—Núm. 269.
SANDEAU. La señorita de la Seiglière.—73.
SARDOU. La perla negra.—Núm. 208.
SIMENON. El comisario Maigret.—Núm. 332.
SOULIE. El maestro de escuela.—Núm. 16.
— Las cuatro hermanas.—Núm. 257.
— El león enamorado.—Núm. 278.
SOUVESTRE. El rico y el pobre.—Núm. 314.
STENDHAL. El marido de plata.—Núm. 107.
— La abadesa de Castro.—Núm. 163.
SUE. "La Salamandra".—Núm. 161.
THEURIET. La señorita Mala Sombra.—Núm. 45.
— El Don Juan de Vireloup.—Núm. 182.
VIGNY. Stello o Los diablos azules.—Núm. 104.
VOLTAIRE. Zadig o El destino.—Núm. 96.
— El Ingenuo.—Núm. 329.

NOVELAS INGLESAS

- AINSWORTH. El bandido de Londres.—58.
BRADDON. La mujer de los dos maridos.—181.
— El secreto de lady Alicia.—Núm. 277.
BRET-HARTE. Maruja.—Núm. 20.
— Cressy o La niña de los placeres de oro.—Núm. 79.
— El Monte del Diablo.—Núm. 193.
— El fantasma gris.—Núm. 252.
CLEFFORD RAYMOND. Los seis perseguidos por el muerto.—Núm. 273.
COLLINS. El diamante Luna.—Núm. 98.
— La pista de un crimen.—Núm. 118.
— El secreto de miss Clara.—Núm. 196.
— La muerta viva.—Núm. 271.
— Los monederos falsos.—Núm. 303.
CONWAY. Confusión.—Núm. 266.
COOPER. Ojo de Halcón.—Núm. 80.
— Una colonia sobre un volcán.—Núm. 128.
— El jefe indio.—Núm. 246.
— El espía de las rocas negras.—292.
CUMMINGS. Tarrano el Conquistador.—137.
DICKENS. Canción de Navidad.—Núm. 155.
— Oliverio Twist.—Núm. 212.
— El grillo del hogar.—291.
— La voz de las campanas.—Núm. 326.
FORESTER. Deuda aplazada.—Núm. 232.

- GASKELL. Mi prima Filis.—Núm. 160.
GOLDSMITH. El vicario de Wakefield.—69.
HAWTHORNE. La tetra escalata.—Núm. 78.
HOPE. El prisionero de Zenda.—Núm. 265.
— Los amores de una reina.—Núm. 307.
HORNUNG. El príncipe de los ladrones.—281.
IRVING. Leyendas de la Alhambra.—Núm. 109.
— La aventura del albañil.—Núm. 166.
— Historias de aparecidos.—Núm. 254.
KENNEDY. Un muerto en el umbral.—121.
LIMNELIUS. El asesinato del fuerte Medbury.—Núm. 108.
LONDON. Los Hijos de Midas.—Núm. 309.
LOOS. Los caballeros las prefieren rubias.—228.
MARK TWAIN. Las aventuras de Tom Sawyer.—Núm. 123.
— Sherlock Holmes, derrotado.—Núm. 176.
— La herencia del tío.—Núm. 211.
MARRYAT. El perro endemoniado.—Núm. 93.
MAYNE REID. La reina de los lagos.—70.
— Los cazadores de ballenas.—Núm. 134.
— La montaña perdida.—Núm. 172.
— Los bandoleros de Nueva España.—222.
— Los cazadores de Beras.—Núm. 274.
POE. Aventuras de Arturo Gordon Fym.—Núm. 76.
— La voz del muerto.—Núm. 242.
QUILLER COUCH. El tesoro del pirata.—316.
SCOTT. El enano negro.—Núm. 71.
SHAKESPEARE. Macbeth.—Núm. 227.
SPEWACK. Asesinada en la jaula de oro.—Núm. 259.
STERNE. El viaje sentimental.—Núm. 338.
STEVENSON. La muerte de un tío vivo.—113.
— El Club de los Suicidas.—Núm. 218.
— La resaca.—Núm. 322.
THACKERAY. El viudo Lovel.—Núm. 29.
WALLACE. El que roba a un ladrón.—306.
WILDE. El fantasma de Canterville.—140.
— El pescador y su alma.—Núm. 248.
WILLIAMSON. Mi amigo el chofer.—Núm. 151.

NOVELAS ALEMANAS

- AUERBACH.—Un idilio campestre.—Núm. 264.
BERNDORFF. Intrigas diplomáticas.—229.
CHAMISSO. El hombre sin sombra.—Núm. 62.
GOTHE. La serpiente verde.—Núm. 142.
HAUFF. El amo del desierto.—Núm. 62.
HELLER. Vida y hazañas del señor Collin.—Núm. 144.
— Uises o Los siete menús.—Núm. 320.
HOFFMANN. La señorita de Sauderi.—183.
— El rey de los ratones.—Núm. 213.
— El dux y la dogaresa.—Núm. 301.
JOHANNSEN. Cuatro de Infantería.—250.
KLEIST. La marquesa de O.—Núm. 224.
REMARQUE. Sin novedad en el frente.—199.
SPITTELER. El teniente Conrado.—Núm. 328.

NOVELAS RUSAS

- ANDREIEV. El diario de Satanás.—Núm. 102.
— Los siete ahorcados.—Núm. 206.
ARTZIBACHEV. Los millonarios.—235.
BUNIN. Las tribulaciones de Tíjon Ilich.—67.
CHEJOV. Historia de mi vida.—Núm. 19.
— Un crimen.—Núm. 150.
— Stepane el nihilista.—Núm. 323.
CHELOE. La novela de un camarero.—238.
DOSTOIEVSKI. Pobre gente.—Núm. 66.
— La mujer de otro.—Núm. 201.
GARIN. La primavera de la vida.—Núm. 131.
— Los estudiantes.—Núm. 180.
GOGOL. Nochebuena.—Núm. 103.
— Tarás Bulba.—Núm. 127.
GONTCHAROV. Una historia vulgar.—251.
GORKI. Varenka Olesova.—Núm. 197.
— El vagabundo filósofo.—Núm. 279.
— Jacobo el espía.—Núm. 334.
KUPRIN. El desafío.—Núm. 54.
— El brazalete de rubíes.—Núm. 223.
LEBEDINSKI. La semana.—Núm. 66.
LERMONTOV. Un héroe de nuestro tiempo.—Núm. 33.
PUCHKIN. Dubrovsky el bandido.—Núm. 95.
— La casita solitaria.—Núm. 232.
TOLSTOI. Kolostomero.—Núm. 125.
— La sonata a Kreutzer.—Núm. 194.
— Voz de ultratumba.—Núm. 214.
— El billete falsificado.—239.
TURGUENIEV. Humo.—Núm. 152.
— Anuchka, la joven rebelde.—Núm. 188.
— La aventura del teniente Yergunof.—210.
— Un nihilista.—Núm. 244.

DE DISTINTAS NACIONALIDADES

- ANONIMO. Aladino o La lámpara maravillosa.—Núm. 145.
BOCCACCIO. Los mejores cuentos.—Núm. 230.
CASTELLO-BRANCO. La viuda del ahorcado.—Núm. 117.
EÇA DE QUEIROZ. El mandarín.—Núm. 170.
— Cartas de Fadrige Mendes.—Núm. 247.
— Adán y Eva en el Paraíso.—Núm. 313.
FOSCOLO. Últimas cartas de Ja Jacobo Ortiz.—Núm. 154.
HATA PIRAH. La babucha del Profeta.—168.
HERCULANO. Arras por fuero de España.—Núm. 143.
MANZONI. Los novios.—Núm. 100.
MAQUIAVELO. El archidiablo Eilfegor.—202.
PELLICO. Mis prisiones.—Núm. 86.
STENKIEWICZ. Bartek el victorioso.—63.
— Lilliana.—Núm. 200.
— Marysia e Las amarguras de la emigración.—Núm. 294.
VERGA. Cavailleria rusticana.—Núm. 165.
— Historia de una curruca.—Núm. 321.

Debe usted adquirir todos los números publicados, y así podrá encuadernarlos por grupos de 26 obras completas con nuestras tapas especiales, que se venden al precio de 1,50 PESETAS, formando de esta manera interesantes volúmenes de 832 páginas. También puede solicitar de nuestra Administración el envío de las novelas o tapas que desee, que se le servirán sin aumento de precio. Únicamente agregará 55 céntimos para gastos de reembolso cuando no se incluya el importe del pedido o éste no alcance la suma de DIEZ PESETAS. LARRA, 6. Apartado 4.0003. MADRID





G 63177

ESPERMIO MOEL